

• Vida cotidiana en la Atenas de Pericles • Cuando los dioses eran humanos • Escuelas del saber • La era de Eros • Atletas y Olimpiadas: de la palestra al estadio • Las reglas de la belleza • Excluidos: mujeres, extranjeros, esclavos • Los confines de Alejandro



Las reglas

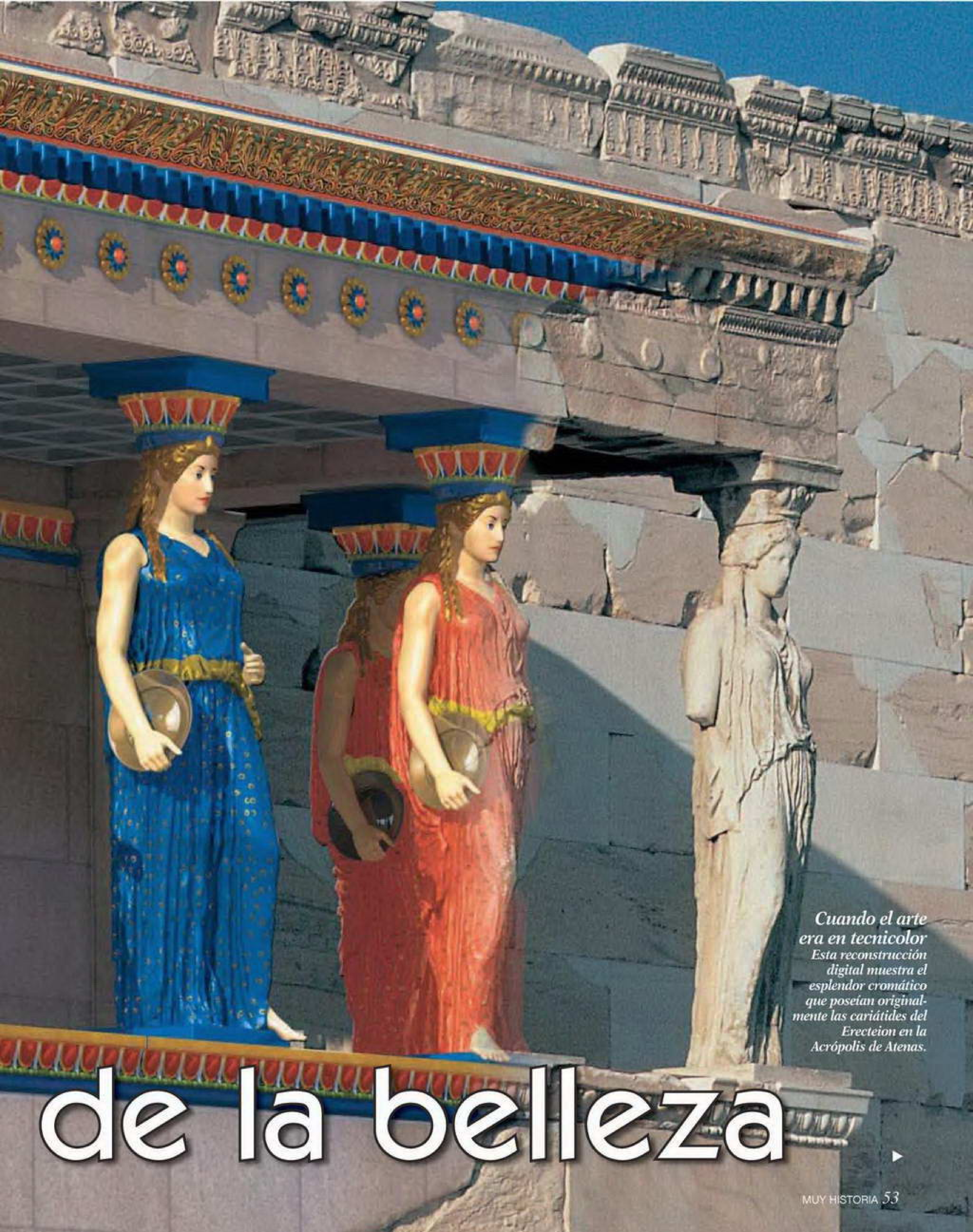
La búsqueda del ideal de belleza se convirtió en el objetivo de los artistas helenos. Siguiendo las pautas de los filósofos, basaron su lenguaje estético en la proporcionalidad. Por **Anabel Herrera**

Lo que uno ha vivido es, en el mejor de los casos, comparable a una bella estatua que hubiera perdido todos sus miembros al ser transportada y ya sólo ofreciera el valioso bloque en el que uno mismo habrá de cincelar la imagen de su propio futuro". La contemplación del Torso de Apolo, un *kouros* (muchacho desnudo) de Mileto que se conserva en el Louvre, fue la fuente de inspiración de estas palabras escritas por el filósofo Walter Benjamin en su "Dirección única". Años atrás, Rilke ya había sucumbido a la belleza de esta escultura, a la que elogió en su famoso soneto "Torso de Apolo arcaico". "Debes cambiar tu vida", concluía el poeta.

Suponer que una escultura nos pueda cambiar la vida quizás pueda parecer una exageración, pero no hay duda de que la civilización occidental es heredera de los antiguos griegos en cuanto a la ciencia, la filosofía, la literatura y, cómo no, al arte que aún hoy nos sirve como modelo de belleza y estímulo creativo. Lo bello (*kalón*) es en la antigua Grecia lo que gusta, lo que suscita admiración y atrae la mirada. Un objeto bello lo es en virtud de la forma, que satisface los sentidos, pero también tiene que ver con las cualidades del alma y del carácter (en el caso del cuerpo humano). La belleza aparece asociada, en un primer momento, a otros valores –como la justicia– o a conceptos como la medida o la conveniencia, en un estado más avanzado del arte griego.

En su "Historia de la belleza", Umberto Eco señala que el sentido general griego de

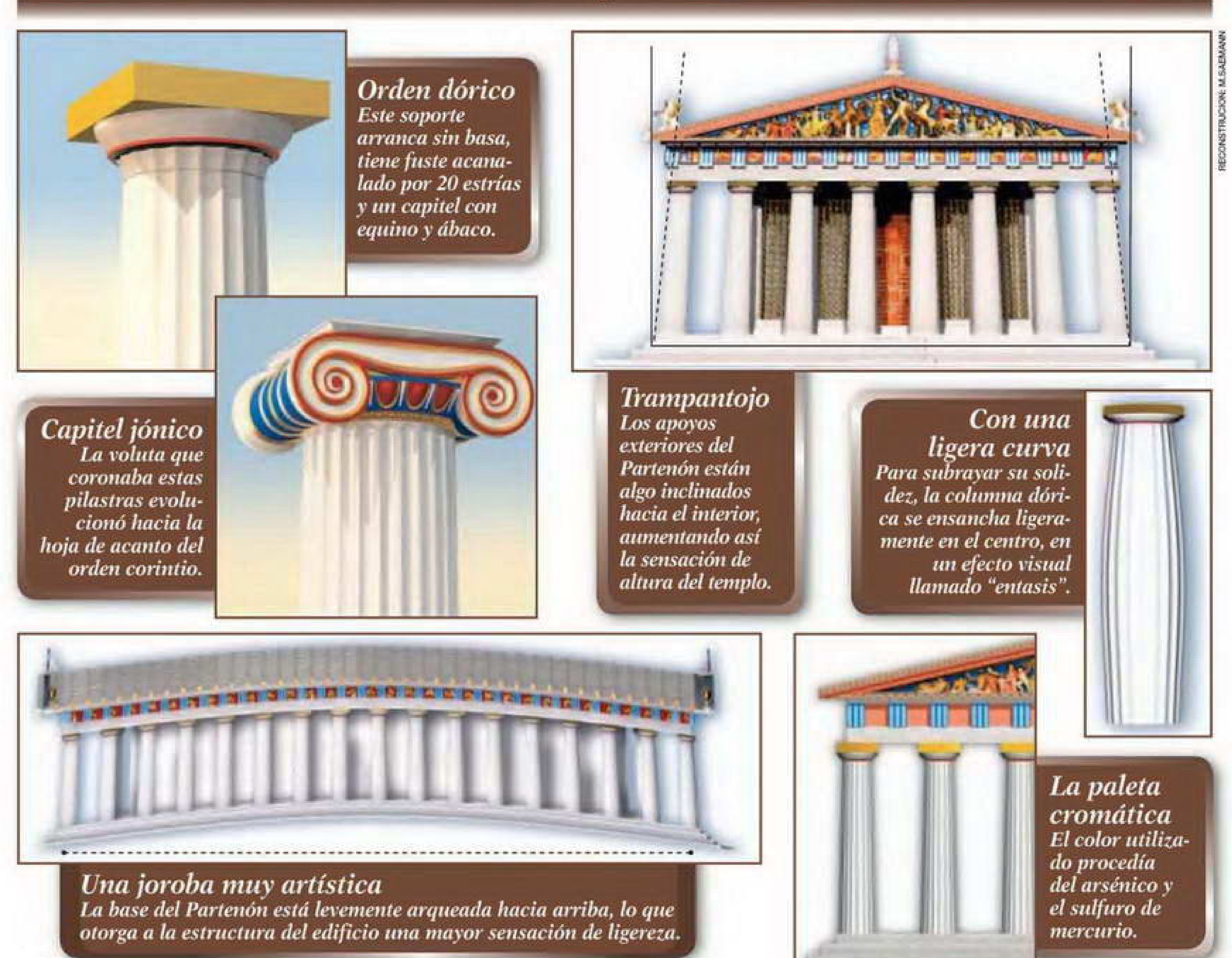
RECONSTRUCCIÓN: M. SAEMANN



de la belleza

Cuando el arte era en tecnicolor
Esta reconstrucción digital muestra el esplendor cromático que poseían originalmente las cariátides del Erecteion en la Acrópolis de Atenas.

Normas arquitectónicas



Orden dórico
Este soporte arranca sin basa, tiene fuste acanalado por 20 estrías y un capitel con equino y ábaco.

Capitel jónico
La voluta que coronaba estas pilastras evolucionó hacia la hoja de acanto del orden corintio.

Trampantojo
Los apoyos exteriores del Partenón están algo inclinados hacia el interior, aumentando así la sensación de altura del templo.

Con una ligera curva
Para subrayar su solidez, la columna dórica se ensancha ligeramente en el centro, en un efecto visual llamado "entasis".

Una joroba muy artística
La base del Partenón está levemente arqueada hacia arriba, lo que otorga a la estructura del edificio una mayor sensación de ligereza.

La paleta cromática
El color utilizado procedía del arsénico y el sulfuro de mercurio.

la belleza se expresa en las cuatro frases escritas en los muros del templo de Delfos: "Lo más exacto es lo más bello. Respeta el límite. Odia la insolencia. De nada demasiado". Estas reglas se basan en una visión del mundo que interpreta el orden y la armonía que el dios mitológico Zeus ha asignado a los hombres como aquello que pone fin al caos.

Sin embargo, la realidad es que los griegos no tuvieron una auténtica estética y una teoría de la belleza hasta la época de Pericles. Durante la Edad del Bronce (a partir del III milenio a.C.) y en el llamado periodo geométrico y orientalizante (siglos XII-VII a.C.), las manifestaciones más ricas del arte griego son puramente decorativas y se observan en la cerámica pintada. La simplicidad de los dibujos de franjas y los motivos en zigzag evolucionan hacia la representación figurada de animales y, en última instancia, de siluetas humanas –ensayan escenas de combates heroicos–.

Pitágoras halla en el número el principio de todas las cosas

La belleza se identificó con la proporción a partir del florecimiento del arcaísmo (siglos VII-V a.C.): una cosa es bella si está bien proporcionada. Filósofos presocráticos como Tales, Anaximandro y Anaxímenes buscan entre los cuatro elementos (aire, tierra, fuego y agua) el principio de todas las cosas. Tratan de definir el mundo como un todo ordenado y gobernado por una única ley, como si fuera una forma, concepto que identifican con el de belleza. Pero fueron Pitágoras y sus seguidores los responsables de estrechar los vínculos entre matemáticas, cosmología, ciencia natural y estética.

Para Pitágoras, el principio de todas las cosas es el número, ya que es la regla capaz de limitar la realidad, de proporcionarle inteligibilidad y orden. Nace una visión del universo matemática y estética a la vez: las cosas existen porque están ordenadas, y están ordenadas porque en ellas se cumplen las leyes matemáticas, que a su vez son condición de existencia y de belleza. La armonía consiste en la oposición de contrarios –masculino/femenino, recta/curva, par/impar, amor/odio–, pero sólo uno de ellos representa la perfección y la bondad; el otro es el error y el mal y por ello debe

La expresión máxima de la belleza del cuerpo del atleta, con una musculatura perfectamente perfilada, se consolida en el Discóbolo de Mirón

ser eliminado. Para Heráclito, en cambio, la armonía no se produce anulando una de las entidades opuestas, sino dejando que vivan en tensión continua hasta que se neutralicen mutuamente. Por tanto, dos contrarios encuentran el equilibrio porque se contraponen, convirtiéndose en simetría. Se trata de una exigencia que ha estado presente en todo el arte griego desde que aparecieran las primeras figuras de *kouros* (muchachos) y *korai* (doncellas) con sus cánones de belleza.

Aunque no representan a una deidad concreta, estas esculturas de jóvenes en la flor de la vida se conocen con el nombre de "Apolos" y "Ateneas", y se utilizaban como ofrenda a la divinidad o bien como monumento conmemorativo en las tumbas. Ellos, los *kouroi*, están concebidos de forma cúbica y estrictamente frontal: aparecen desnudos, con una postura rígida y simétrica, un pie delante del otro, los puños cerrados contra las caderas y una sonrisa arcaica. Las *korai*, en cambio, encarnan el pudor característico de la mujer en Grecia: no suelen ser más bellas que los muchachos, los cabellos presentan peinados simples y sus cuerpos soportan pesados vestidos de pliegues rectos. El gesto de la ofrenda con la mano alzada es el único rasgo de sensualidad de estas doncellas bidimensionales.

El arcaísmo fundamenta los principales órdenes arquitectónicos

En una etapa más avanzada, se resaltan las formas de las *korai* con la disposición de la vestidura y colores festivos, mientras que la anatomía de los chicos recibe un tratamiento más realista, acercándose al ideal del hombre bello. Las composiciones escultóricas más ambiciosas del arcaísmo hay que buscarlas en las obras en relieve de las paredes de edificios. La sucesión de metopas en los templos permite al escultor narrar episodios mitológicos o bien exaltar fragmentos de luchas. Es también la época de la creación de los principales órdenes arquitectónicos. El dórico, con columnas sencillas, capiteles en forma de cojín, el fuste acanalado y sin base; y el jónico, con columnas más lujosas, capiteles rematados en volutas y decorados con elementos florales.

La ruptura con las normas convencionales arcaicas tiene lugar durante el clasicismo (siglos V-IV a.C.), época marcada por el recuerdo de las Guerras Médicas. Los persas dejaron la Acrópolis de Atenas devastada: incendiaron los templos y destruyeron la mayoría de sus monumentos. Sobrevivió, sin embargo, el Templo de Zeus en Olimpia. En el interior de la nave principal se erigía la famosa estatua crisoelefantina de Fidias, personificando a Zeus.

El arte escultórico adquiere en el periodo clásico un nuevo sentido: la figura que representa a dioses, héroes y atletas se comprende en su conjunto, de acuerdo al movimiento. Se desarrollan nuevas y avanzadas técnicas del bronce, como en el caso de los Guerreros de Riace –hallados en las costas del sur de Italia– o del Auriga de Delfos –recuperado de las ruinas del templo de Apolo–. La expresión máxima de la belleza del cuerpo del atleta, con su musculatura perfectamente perfilada, se consolida con el Discóbolo de Mirón, que representa la secuencia temporal del momento inmediatamente anterior al lanzamiento del disco, una acción que obliga a contemplar la escultura desde diferentes ángulos de visión. Influenciado por Pitágoras, Policleto defendió una realidad superior basada en proporciones matemáticas. Su idea quedó escrita en un tratado sobre la relación de los números y la simetría entre las distintas partes del cuerpo humano.

El concepto platónico de la búsqueda de la belleza

El Doríforo materializó este pensamiento de Policleto. La figura –de bronce, aunque ha llegado a nosotros a través de copias romanas en mármol– es un joven desnudo, de rostro sereno, que permanece quieto a la vez que inicia un movimiento potencial con su pierna izquierda. Es el equilibrio entre fuerzas contrarias, la encarnación de la belleza y la armonía. El canon de Policleto no se basa en medidas cuantitativas, como el egipcio, sino en un criterio orgánico: la relación entre las partes se determina en función del movimiento del cuerpo e, incluso, de la posición del espectador. La teoría de la proporción tiene en filosofía una clara impronta platónica. De Platón surgen las dos concepciones de la belleza más impor-

Venus de Milo
La curvatura de su cadera nos da pistas sobre su realización en el periodo helenístico.

s. II a.C.

AISA

Kouros de Anavisos
Los brazos levemente alejados del cuerpo indican que la obra fue esculpida cuando el periodo arcaico llegaba a su fin.

s. VI a.C.

Auriga de Delfos
Aunque recuerda el hieratismo arcaico, esta estatua de bronce muestra signos de movilidad, como la posición oblicua de los pies o los pliegues superiores de la túnica.

s. V a.C.

ALBUM

PRISMA

La Proporción Áurea

La Proporción Áurea –también conocida como Número Áureo, Sección Áurea o *Phi*– es una proporción geométrica que se conoce desde la Antigüedad. El primero en definirla de forma precisa fue Euclides de Alejandría, hacia el año 300 a.C. El padre de la geometría como sistema deductivo formal afirmó que una proporción derivaba de la simple división de una línea en su "media y extrema razón". Esto se puede representar de la siguiente manera:

A ———————— C ———— B

Si la distancia existente entre AC dividido por la de AB es igual al resultado obtenido de dividir AB entre BC significa que el segmento ha sido cortado en Proporción Áurea: $\frac{AC}{AB} = \frac{AB}{BC}$

El valor preciso de la sección áurea (la proporción de AC a BC) es el número infinito e irrepetible 1,6180339887..., que no puede expresarse como una fracción (es inconmensurable).

La Proporción Áurea se encuentra, curiosamente, en lugares tan diversos como en conchas de moluscos, en la forma de las galaxias o en la disposición de las hojas en las plantas. De ahí que tanto historiadores como arquitectos, psicólogos, biólogos y artistas, entre otros, se hayan interesado por ella. En las composiciones musicales, por ejemplo, se utiliza *Phi* para conseguir efectividad auditiva. También parece estar detrás de la construcción de las pirámides egipcias o del Partenón griego y de obras de arte como la "Mona Lisa", de Leonardo da Vinci, o el "Sacramento de la última cena", de Salvador Dalí.


COVER

La proporcionalidad de Phi se encuentra también en esta concha de molusco.

tantes elaboradas a lo largo de siglos. Por una parte, lo hermoso como armonía de las partes, que es el argumento pitagórico. Y por otra, lo bello como esplendor, expuesto en su obra "Fedro o de la belleza": "Pero sólo a la belleza le ha sido dado el ser lo más deslumbrante y lo más amable".

Es un rasgo que, por lo tanto, resplandece en todas partes, pero no tiene que ver con el soporte físico que accidentalmente la pueda expresar, sino que existe de forma autónoma: "Si alguien afirma que cualquier cosa es bella o porque tiene un color atractivo o una forma o cualquier cosa de ese estilo, mando a paseo todas las explicaciones y me atengo sencilla, simple y, quizás, ingenuamente a mi parecer: que no la hace bella ninguna otra cosa, sino la presencia o la comunicación o la presentación en ella en cualquier modo de aquello que es lo bello en sí. Por lo bello son bellas las cosas bellas" ("Fedón", Platón).

Como la belleza no corresponde a lo que se ve, no todos están capacitados para captar su verdad; sólo los filósofos pueden hacerlo. Para Platón, las ideas son el modelo de la realidad, mientras que las cosas reales son imitaciones imperfectas de esas ideas. El arte, pues, es una imitación imperfecta de la naturaleza, así como la naturaleza es una imitación imperfecta del mundo ideal. Por tanto, la propuesta es sustituir el arte por la belleza de las formas geométricas, basándose en la proporción y la concepción matemática del cosmos.

Pericles, impulsor de la construcción de la célebre Acrópolis

La búsqueda de la proporción y de un canon de belleza durante la etapa del clasicismo no es exclusiva de la escultura, sino que se extiende también a la arquitectura. Las separaciones entre las columnas o las relaciones entre las diversas partes de la fachada corresponden, en algunos templos griegos, a las normas que regulan los intervalos musicales. El caso del Partenón es mucho más complejo. El estratega Pericles, que llevó a cabo una intensa campaña política y cultural hacia mediados del siglo V a.C., ordenó la reconstrucción completa de la Acrópolis y nombró a Ictinos y Calícrates arquitectos del Partenón. Fidias y sus alumnos se encargaron de los grupos escultóricos de vivos colores que adornaron los frontones y que plasman importantes



Interesante viaje artístico al pasado
A partir de pequeñas pistas encontradas en estas esculturas arcaicas se ha descubierto la policromía original de esta "Koré del peplo" (520 a.C.) y del "León de Loutraki".

CORTESÍA V. BRINKMANN

episodios de la mitología ateniense, como el nacimiento de Atenea o la disputa entre la diosa y Poseidón por el liderazgo de la ciudad. Sin embargo, lo que más llama la atención del templo es, sin duda, la singularidad de sus proporciones: ocho columnas dóricas en cada una de las fachadas principales por diecisiete en las laterales. La plataforma sobre la que reposan los pilares se hunde hacia las esquinas en una ligera curva, de tal modo que las columnas se inclinan hacia dentro.

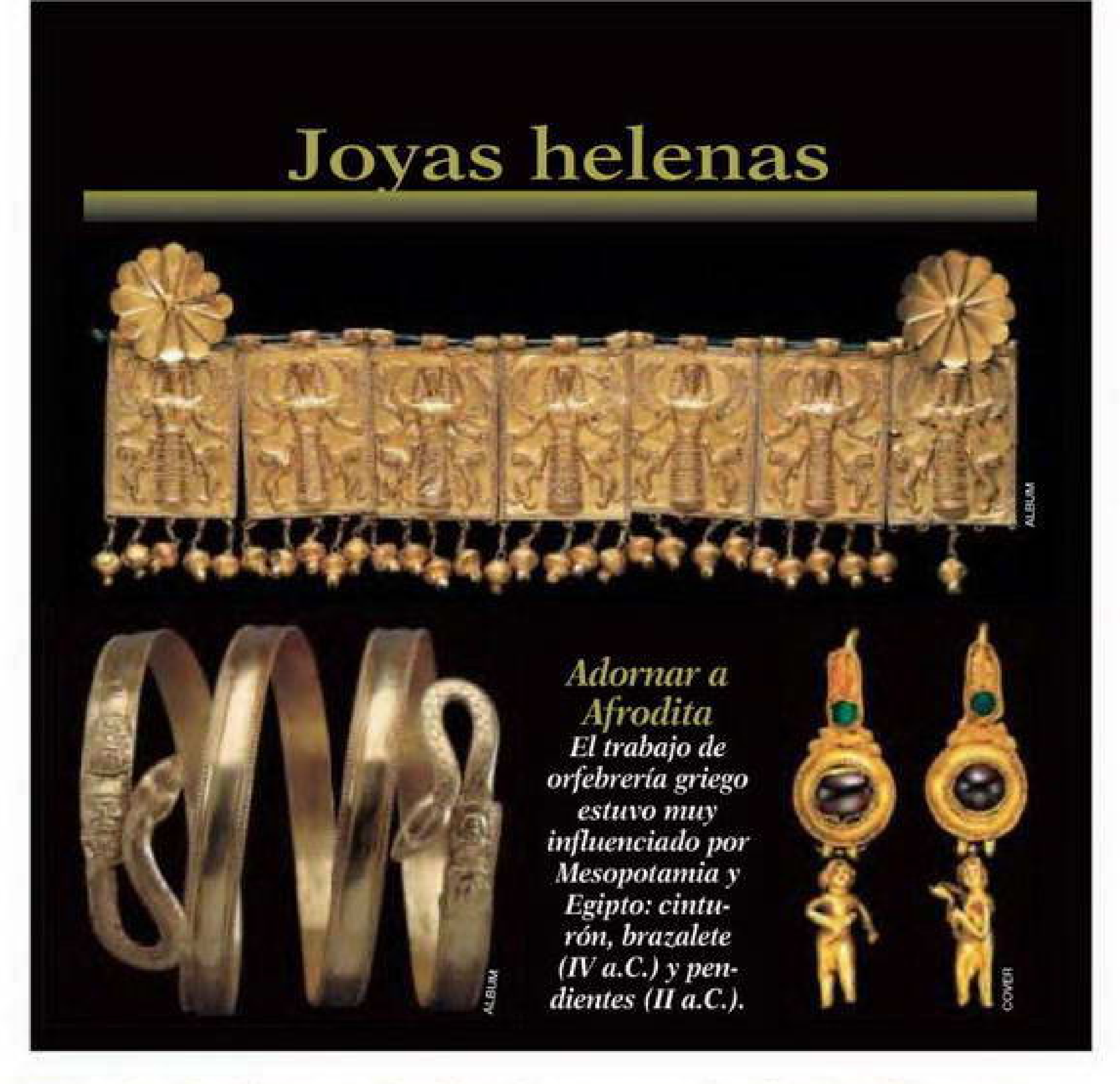
La fuerza del movimiento se convertirá en el reto final del clasicismo

El resultado arquitectónico del Partenón es una manipulación del efecto óptico del espacio interior –que acogía a la colosal diosa Atenea, de Fidias– y del exterior, que es percibido por el hombre con asombro. Muchos historiadores del arte han intentado descubrir la base numérica que se esconde tras la aparente simplicidad del diseño perfecto del templo a través de la Proporción Áurea, una relación matemática a la que se le atribuyen cualidades armónicas. Según explica el científico Mario Livio en su libro "La Proporción Áurea", los entusiastas de esta teoría sostienen que las dimensiones del Partenón, cuando su frontón triangular permanecía intacto, encajaban en el rectángulo áureo. Este equilibrio estético se encontraría también en otras dimensiones del edificio: la altura de la fachada se divide, en la Proporción Áurea, por el alto de las columnas. Incluso se afirma que Fidias utilizaba, con frecuencia y de forma meticulosa, esta proporción en sus esculturas. De hecho, también recibe el nombre de Número *Phi*, la primera letra griega del nombre de Fidias. Otros expertos, sin embargo, señalan que algunas partes del Partenón se escapan del trazado áureo, ya que sus dimensiones varían en función del punto de referencia que se haya tomado. Pericles completó su programa en la Acrópolis con la construcción del pequeño templo de Atenea Niké y del Erecteion, un complejo templo jónico que está construido sobre diferentes niveles y que combina varios cultos. En él se encuentra la galería de las cariátides, seis muchachas de largas trenzas y con una pierna flexionada que hacen la función de columnas.

A lo largo de todo el periodo clásico se utiliza el color en la escultura, que realza el efecto realista del desnudo; pintores y escultores trabajan a menudo juntos. Además se busca cada vez más la tridimensionalidad, que fuerza al espectador a rodear las figuras para apreciar sus giros.

El efecto dorado
Lograban este aspecto aplicando betún diluido en aceite (reproducción del Apolo de Fidias).

M. PEZZOLINI / F. BOZZANO



Joyas helenas

Adornar a Afrodita
El trabajo de orfebrería griego estuvo muy influenciado por Mesopotamia y Egipto: cinturón, brazalete (IV a.C.) y pendientes (II a.C.).

ALBUM / ALBUM / COVER

"Por lo bello son bellas las cosas bellas", afirma Platón, resumiendo así su concepto autónomo de la belleza, que existe sin necesidad de un soporte

Lisipo introduce en la escultura un nuevo canon del cuerpo humano

La generación de Praxíteles buscará un equilibrio entre la representación realista de la belleza humana y la adhesión a un canon específico, conforme a las reglas de las composiciones musicales. El alma y el cuerpo se presentan en armonía, como se observa en la serenidad que desprende Hermes y Dionisos niño, obra de culto de Praxíteles, cuyo suave movimiento corporal incita a la familiaridad. Lejos de los cánones de belleza de Afrodita, el arte de los desnudos durante el helenismo (siglos IV-I a.C.) realza la feminidad hasta rozar la agresividad. La Venus de Milo, compuesta en espiral, se alza como el nuevo mito femenino. El artista preferido de Alejandro Magno, Lisipo, introduce un nuevo canon del cuerpo humano, así como la profundidad, que supone una ruptura definitiva con la frontalidad de las estatuas clásicas. Su famoso Apoxiómeno alarga el brazo, perpendicular al cuerpo, provocando la complicidad del espectador, si éste pretende seguir el movimiento de la escultura. También se le atribuye a Lisipo la creación del retrato, que intenta captar la interioridad del ser humano.

Realmente, el progreso artístico del periodo helenístico es reducido comparado con los anteriores. El arte tiene como objetivo satisfacer a hombres y a reyes, así que se limita al embellecimiento de casas privadas y de palacios, como ocurre en el caso del Gran Altar de Zeus, levantado en la ciudad de Pérgamo. El conjunto escultórico del altar transmite desesperación. Todas las figuras están talladas en tres dimensiones y son observables desde varios ángulos a excepción de una, el Laocoonte, la máxima expresión de la tensión y la angustia. Ciertamente, un curioso desenlace tras siglos de intensa búsqueda. ■

LIBERTAD SEXUAL COMO NORMA SOCIAL

La Era de Eros






















Es todo un mito, pero fue verdad. Escritos y dibujos decorativos demuestran que, efectivamente, los antiguos griegos disfrutaron los placeres sexuales sin límites ni prejuicios. Por **Miguel Mañueco**





El juego de los placeres

Las imágenes que ilustran estas cartas proceden de la decoración de copas de vino. Los banquetes caseros y oficiales tenían que sugerir en todos los detalles que la diversión estaba asegurada.



VITTI/IBERIA/CORTESIA M. FRONTE

Esta civilización nuestra de hoy en día, que a su inherente estrés ha añadido la urgencia de ser feliz, se da prisa en despenalizar los goces del sexo. Hay que aligerar como sea el peso de losas morales con un grosor de dos milenios, enraizadas en nuestras conciencias desde que las *grandes* religiones monoteístas vetaron, entre otros y al son del sometimiento requerido, tales placeres íntimos y naturales. Y ahora, cuando la moralina religiosa parece haber dejado de interesar porque la *inmoralidad* es producto de buena venta, finalmente parecen despejarse las vías del disfrute de la sexualidad sin complejos. ¿Se trata de la vuelta al origen?

Bien parece cierto que en la Grecia clásica el hedonismo era una máxima incluso institucionalizada, como prueban muchas de las leyes dictadas por el sabio Solón. "La propia naturaleza exige que obtengamos el máximo placer de la vida", decía Poliarco. "Lo primero es la felicidad y luego la reputación", incidía Píndaro. "Come, bebe, ama, que todo lo demás es nada", entonaba el vividor rey Sardanápalo. "Mujeres, muchachos, juegos... ¿De qué sirve vivir si se pierde todo esto?", explicita Aristófanes en su obra *Las nubes*. Por encima de este sentido vitalista estaba el placer más natural de todos, el sexo, vivido desde una inocente espontaneidad, que de alguna manera evocaba la "incontaminación" de las sociedades primitivas.

De ricos y pobres, de ciudades y colonias

Pero, ¿de qué momento y de quién estamos hablando? No hay que olvidar que lo que se sabe en términos de vida cotidiana de aquella remota sociedad surge de frases y referencias de escritores o de la explícita decoración de vasijas y otros objetos aparentemente refinados. Por lo que la perspectiva básica sería más bien la de las clases cultas y acomodadas. A los pobres, que eran muchos, sin duda les llegarían los aires de liberalidad de sus amos, pero dentro de la inercia de su dura y desatendida existencia, como pasaba incluso en los tiempos más oscuros de la Edad Media. Las cosas eran además muy distintas en cada una de las ciudades-Estado y en las colonias. Bien sabido es el diferenciado espíritu que inspiraba la vida en Atenas y en Esparta. Y, así como había zonas más recatadas, se daba el caso de ciudades como Colofón, donde todos los excesos cabían en sus interminables y báquicos festejos, o Sibaris, donde el relajamiento y el lujo sublimaban y extremaban todos los goces de la sensualidad.

Erotismo como prueba de nivel social y de poder

Por otra parte, la historia de la antigua Grecia se extiende a través de varios siglos, en los que, aunque lentamente, las cosas fueron cambiando. El erotismo, en todas sus manifestaciones, parece haber sido signo distintivo e incluso de poder de los ciudadanos de rango en el periodo arcaico, entre los siglos VIII y VII a.C., como dan buena cuenta algunos héroes homéricos. Cuando se desarrollan las polis, en los siglos VI y V a.C., la sexualidad y sus condominios entran en el campo siempre tolerante de la legislación y los tribunales, lo que da fe de su presencia y peso en la vida cotidiana. En el mundo helenístico, entre los siglos IV y I a.C., la liberalidad sexual alcanza una expresión más sofisticada y diversa, sobre todo en ámbitos aristocráticos, pero cada vez más confinada a terrenos íntimos y menos visible en determinadas manifestaciones públicas.

En todo momento es palmaria la presencia de los goces carnales, sin tapujos ni limitaciones, en la religión. Los dioses y semidioses no le hacían ascos a cualquier disfrute sexual en el Olimpo o donde se terciase. Ejemplares en el asunto son los mismísimos Zeus y Hera, para quienes sus lazos conyugales no fueron óbice para las más variopintas aventuras. No le faltaron amantes al *hombre de la casa* y hasta sedujo a un efebo, Ganímedes. De otro, Jacinto, se enamoró perdidamente Apolo, aunque mientras tanto persiguiese a la hermosa Dafne. No se reprimió la austera Artemisa cuando encontró al cazador Acteón, como tampoco el guapísimo Hermes dejó de atrapar ninfas. Nadie como el dios de la fertilidad, Dionisos, a quien se veneraba a base de orgasmos. Hijo suyo era Príapo, cuyo oficio de dios de jardines y viñas pasó a segundo plano ante su

generosa expresividad fálica. Indiscutible reina del amor y sus goces físicos fue Afrodita, adorada entre orgías allá en su templo de Pafos, en Chipre, con ofrendas de manzanas, curiosamente el símbolo del pecado de *nuestra* Eva. Se distinguía entre Afrodita Urania, que regía el amor puro y nupcial, y Afrodita Pademos, reina del amor libre y la sexualidad ilimitada. Su hijo Eros, "el que desata los miembros", según Hesíodo, se convirtió en el símbolo por excelencia: en los primeros tiempos, del sexo puro y duro, pues el sentimiento se consideraba una debilidad propia de las féminas, y posteriormente también del amor ideal. Eurípides es el primero que lo describe con arco y **flechas, dando así origen al Cupido que ha seguido *disparando* por los siglos de los siglos.**

Todos ellos, los seres divinos, eran los primeros en plantarse desnudos en cualquier circunstancia por muy sagrada que ésta fuera. Así que para los mortales griegos la desnudez era cosa cotidiana e incluso elegante, pero sobre todo giraba en torno al androcéntrico culto a la belleza física que imperaba en su tradición estética.

El cuerpo perfecto era el masculino, en su variante de poderosa virilidad y sobre todo en las estilizadas formas de los llamados efebos. Tanto es así que en algunos dibujos decorativos se dota a las mujeres de cierto perfil de hombre. Se trata, desde luego, de una clara peculiaridad con respecto a los gustos de los siglos y milenios venideros.

Cuerpos desnudos en la vida diaria y en las celebraciones

Algunos pasajes literarios, como el de Ulises cubriéndose sus partes en una playa ante un grupo de desconocidas doncellas, sugieren que el sentido del pudor asomaba por algún lado. Platón, influido como otros **por modas orientales, en algún momento alude a lo ridículo que resultaba dejarse ver desnudo ante extraños. Sin embargo, son mayoritarios y rotundos los testimonios que dejan claro que el ciudadano griego de cualquier época y lugar se desnudaba sin extrañeza alguna cuando le venía bien o le apetecía. No podía ser de otro modo cuando en casi todos los acontecimientos sociales la ropa era cosa rara. Qué mejor ejemplo que los Juegos Olímpicos, en los que a partir del 720 a.C. se despojó a los atletas del taparrabos que hasta entonces habían llevado y se les lanzó a las carreras y demás ejercicios tal y como Zeus los había traído al mundo.**

Puro espectáculo erótico que atraía a muchos mirones eran los entrenamientos de jóvenes en los gimnasios. Era el culmen del culto al cuerpo masculino: allí se movían ellos, tersos y hermosos, ejercitando su sugestiva musculatura entre jardines y fuentes y bajo la aprobatoria y quieta mirada de las estatuas de Eros o Apolo. La desnudez de los cuerpos más afortunados era alabada en los frecuentes concursos de belleza, cuyos ganadores eran premiados con buenos y reputados puestos de trabajo en los templos. Y luego serían invitados de honor en algún simposio o banquete privado (algún matiz lúdico aún siguen implicando los simposios actuales), al que sólo asistían hombres que hablaban y se embriagaban de vino, atendidos por los *coperos*, bellos esclavos que servían las bebidas, y entretenidos por bailarinas y guapas flautistas que actuaban semidesnudas y a menudo eran el premio para el comensal más chisposo. Pero antes de la borrachera y la bacanal, lo suyo era una conversación de altos vuelos intelectuales, tal y como refleja alguno de los diálogos de Platón.

No serían pocos los cotilleos en tales reuniones sobre los mil y un festivales del mundo helénico, donde la desnudez era, cómo no, condición *sine qua non:* que si quién puso mejor el *morro* en el Festival de Besos de Megara, que la que montaron las prostitutas en las fiestas de Corinto, que vaya orgías callejeras en las Afrodisias de Atenas y de cualquier ciudad... Que cómo se resarcían a costa de excesos sexuales y etílicos los pobres y las mujeres, los



Sentimiento o sexo puro

A la izquierda, estatua de Eros en Piccadilly Circus (Londres). Eurípides fue el primero en describir al dios del amor con arco y flechas. Como antítesis, los sátiros (abajo) representaban la sexualidad viril más visceral.

CORDON

COVER

Muchas fiestas y festivales de las ciudades terminaban en un frenesí sexual en el que todos participaban

relegados de la vida ordinaria, durante las fiestas dedicadas a Dionisos. Alguien contaría jocosamente anécdotas del festival de Hermes en Creta, donde amos y esclavos invertían sus roles y el asunto incluía abusos sexuales; o de las fiestas de Artemisa, en las que los lascivos bailes devenían invariablemente en promiscuas bacanales.

De tales juergas y gozosos desbarajustes da cuenta el teatro: las orgías salen a relucir en *Baptae*, de Eupolis; los asuntos de prostitutas en *Las junteras*, de Aristófanes; el amor al efebo ocupa el escenario en *Troilo*, de Sófocles, o en *Crisipo*, de Eurípides. No se queda atrás la poesía, en la que Eros es dueño y señor: desde la *Odisea* y la *Iliada* hasta la *Teogonía* de Píndaro o los sensuales cantos de Simónides o Anacreonte, y por supuesto de la célebre Safo. El tema del goce carnal es analizado a modo de ensayo en el *Symposium* de Jenofonte, y con reflexivo intimismo en las cartas del orador Lisias.

Recurrente es, entre teorías y deducciones, en los escritos de circunspectos filósofos como Plutarco, Platón o Sócrates.

La ilustre expresión literaria, a vueltas entre amores efébicos o de concubinas, refleja la dimensión sexual de la alienación social de las mujeres griegas. La padecían sobre todo las de clases superiores, relegadas en sus gineceos, dentro de ese concepto práctico, procreador y comercial que del matrimonio existía en la sociedad griega. Las campesinas y las mujeres de familias pobres urbanas eran más libres, pero no por eso dejaban de acompañar a *las ricas* en festejos sexuales donde ellas mandaban, como las Termoforias, dedicadas a Deméter.

El derecho inapelable de la infidelidad masculina

También estaban más a su aire y mandaban más las espartanas porque, con los maridos siempre acuartelados, eran ellas las que tiraban de la vida diaria casera y callejera. Así que en la disciplinada Esparta no era raro ver en los gimnasios a muchachas desnudas ejercitando su cuerpo junto a los efebos. Era una costumbre que horrorizaba a las mentes bienpensantes atenienses, que ni siquiera dejaban a sus mujeres presenciar los Juegos Olímpicos. Ellas a traer hijos al mundo y a atender la casa, y a callar ante las concubinas y efebos del marido, que eso era legal y no era infidelidad en absoluto, porque era y siempre había sido así, y ya está. Lo que después pasase dentro de esos encerrados gineceos con allegados y esclavos no lo cuentan las literaturas ni las vasijas. Indudable refugio fue, al parecer, el *ólisbos* o consolador, en forma de imaginativos artilugios en cuya fabricación se especializó la ciudad de Mileto.

Eso sí, las bodas, a las que las mujeres debían llegar vírgenes, fueron convirtiéndose, con el paso de los siglos, en bodorrios que no se diferenciaban tanto de las actuales. Al fin y al cabo se trata de los orígenes de lo que ahora vivimos. A menudo las relaciones se establecían a través de *promnestrides* o casamenteras, en general entre familias del mismo rango social. Se establecía la dote y la fecha, generalmente en invierno por considerar que los calores estivales adormecían los instintos sexuales masculinos. Un baño ritual de la novia en una fuente y la ofrenda de su melena recién cortada a Hera o Afrodita eran el símbolo de la entrega de su virginidad. En la ceremonia, ella vestía de vivos colores y el novio de blanco, y de la misma guisa presidían el banquete donde, ya ebrios, invitados e invitadas entonaban los himeneos o canciones dedicadas a Hymén, dios del matrimonio. Éstas animaban a los recién casados a retirarse al *thalamos*, su habitación privada, que el novio se había encargado de decorar. Amigos y amigas seguían cantando afuera y esperaban oír los gimoteos del desvirgue, que, como prueba de virilidad, el novio había de ejecutar como si de una violación se tratase.

Después, y no tardando, el sexo conyugal sería pura mecánica procreadora y el hom-



Veleidosas deidades

Afrodita (a la izquierda junto al dios Pan en una escultura encontrada en Delos) nació de las olas en Chipre. A su templo de Pafos acudieron los peregrinos, incluso en tiempos romanos, a ser bendecidos de amor y sexo. Dionisos (a la derecha, pintado por Caravaggio), inspirador de los goces del vino y el cuerpo, fue llamado Baco por los romanos, nombre del que deriva la palabra bacanal.

AISA

AISA

El falo en los altares

En un mundo en que el cuerpo masculino era todo un ideal, el pene, inductor de la fertilidad y símbolo de poder, era obviamente un objeto de adoración. Falos gigantescos hechos de madera u otros materiales presidían las devotas procesiones dedicadas a Dionisos, en las que todos los asistentes portaban objetos en forma de pene en sus manos. Un desmesurado miembro era el epicentro de la fe en Príapo o Hermes. Esculturas de penes enormes presidían templos, escenarios de teatro y adornaban calles, como todavía se puede apreciar en las ruinas de Delos. Las imágenes fálicas estaban presentes en la ornamentación casera y en la vestimenta, pues se consideraban amuletos muy eficaces contra el mal de ojo y para atraer la fuerza. No obstante es curioso que, aparte de los dioses mencionados y de los sátiros, los hombres representados, aunque sean héroes, aparezcan con penes ínfimos y con un pronunciado prepucio. Cierto es que los griegos presumían de no estar circuncidados y les parecía grotesca esta costumbre en los egipcios.

ALBUM

Escultura de una de las representaciones de Príapo.

ALBUM

Otro mito de Aquiles
Interpretado por Brad Pitt en la película Troya, *el héroe tuvo amores homosexuales con amigos de su edad, lo que no encajaba en la reputada institución de la* pederastias.

bre buscaba el placer carnal en mancebos y concubinas, que también vivían encerradas y sus hijos carecían de derechos. Así que parece que quienes mejor lo pasaban eran las hetairas o prostitutas de alto nivel. La belleza, las artes amatorias y también el refinamiento social y cultural convertían en hetairas a prostitutas de los peores orígenes, pero también a altas damas con vocación. Sus lujosas casas a menudo eran centro de buena sociedad y a las más significadas nadie les decía nada si acudían a celebraciones exclusivamente masculinas. Famosa fue Aspasia, con la que vivió un tórrido y criticado romance el moralista Pericles. Conocida fue también Herpilís, que dio un hijo a Aristóteles. Friné alcanzó mucha notoriedad por su extrema belleza y por seducir a muchos hombres notables. Y hasta el mismísimo y ambiguo Alejandro Magno tuvo grandes placeres con la hetaira Tais de Atenas, quien, a la muerte del héroe y vía casorio, se convertiría en reina de Egipto.

Orgasmos y orgías dedicados a los dioses

"En aquella época no era sagrado más que lo bello", afirmó Schiller, y tenía razón. El goce sexual podía ser también ritual de devoción religiosa. Cual novicias del placer, muchas vírgenes de buenas familias *servían* en los templos de Afrodita. Y no cabe duda de que el sexo que los *fieles* tenían con ellas era pura entrega. Aunque posiblemente algunos se sentirían menos cohibidos ante las prostitutas callejeras, que eran muchas en el barrio del Cerámico de Atenas, y sobre todo en Corinto, que era algo así como Las Vegas del momento. La oferta de fogosos disfrutes era variada y variopinta en su puerto, y se dice que hasta mil chicas atendían allí el templo de Afrodita. Tiempo después, el título de edén erótico se lo llevaría la ciudad de Alejandría, donde ninguna perversión conocería límites.

No parece que hubiera discriminación hacia estas mujeres, y de hecho a menudo se las denomina "compañeras". A ellas se refería Píndaro como "las leales servidoras de la persuasión". Hubo incluso preocupación legislativa hacia ellas y fue precisamente Solón quien incentivó la creación de burdeles para que su sexual oficio tuviese mejor acomodo que en los oscuros callejones o en las *pandokeion* o posadas.

La relación amorosa y educacional entre un hombre maduro y un efebo era signo de rango y cultura, y era contemplada por las leyes

CORDON

Las caras de Afrodita
La futura Venus regía tanto el amor puro como el sexo libre.

CORDON

Ejercicios muy naturales. *Ánfora del siglo VI a.C. que representa una carrera de atletas desnudos en las Olimpiadas.*

Amplia fue también la oferta de prostitución masculina, que contaba con sus propios burdeles, abastecidos de los esclavos más hermosos, y con célebres hetairos. No podía ser de otra manera en una sociedad adoradora de la belleza masculina y en la que subyacía, como en otras partes del mundo, la herencia de una primitiva y espontánea bisexualidad. Como ningún otro pueblo, los griegos elevaron al máximo rango moral y social la *pederastias*, que se convirtió en toda una institución, sobre todo bajo el dictamen de Solón. Era de muy buen gusto y de alto valor ético que un *erastés* o señor maduro, que así se consideraba a partir de los 25 años, con su reglamentaria barba en pico, se encaprichase en el gimnasio, o en los baños, o en la calle, de un *erómenos* o efebo, que según la legalidad vigente había de ser de entre 12 y 18 años. Se haría cargo de su educación y orientación en la vida y, entre tanto, intercambiarían ambos amor y goces carnales.

La trascendencia de la cuestión queda clara en las artes decorativas, en las que es tema dominante. Era especialmente diaria y cotidiana en la muy militar vida de los espartanos, donde de hecho se incentivaban estas relaciones para que después, en las batallas, las *parejas*, en defensa de su amor, atacasen con más bravura. Más intelectuales y poéticos aparecían los atenienses ilustres cuando se jactaban de sus idealizados mancebos: Solón y su Pisístrato, Sócrates y su Arquéalo, Píndaro y su Teoxeno, Sófocles y su Pelops, Anacreonte y su Emerdis... Los legendarios Aquiles y Patroclo no encajan del todo en la "institución" pues ambos eran de la misma edad. Y aquí la cuestión no es tan explícita: parece ser que la homosexualidad como tal, sin tramoyas poéticas o didácticas, no fue tan bien vista con el paso de los siglos. El penetrador o activo mantenía cierta consideración, pues eyacular dentro de un hombre se suponía que otorgaba mayor virilidad. Pero el penetrado o pasivo parece haber sido objeto de mofa y desprecio. Así que los más patriotas se hacían de cruces cada vez que se sugería que el superhéroe Aquiles había sido el pasivo en todas sus relaciones.

Cebolla como afrodisíaco, aceite de oliva como lubrificante

No hay tantos testimonios de la homosexualidad femenina, aunque parece evidente en algunas de las fiestas sólo para mujeres, y bien es sabido que la poetisa Safo y la isla de Lesbos se convirtieron en un icono para la posteridad. Entre féminas o entre hombres, muy espinoso se les hizo todo el tema a los eruditos renacentistas e incluso del siglo XIX cuando, muy entusiastas, se disponían a mostrarle al mundo lo "perfecta" que había sido la cultura griega. De hecho, todos lo silenciaron o entrevelaron. No hace tanto tiempo que estudios y ensayos empezaron a referir abiertamente la cuestión. Y así se fue sabiendo de otras *menudencias*, tales como que el lubrificante preferido era el aceite de oliva o que la cebolla, la miel, los huevos y la semilla de ortiga eran apreciados afrodisíacos. Como anticonceptivo, la mujer se ataba al brazo una bolsita con un hígado de gato o contenía la respiración después del orgasmo. Por nada del mundo el hombre se acercaría a la orina de un buey o un eunuco, pues eso causaba impotencia, aunque tal achaque lo podía curar después el excremento de ratón. La depilación era habitual en mujeres y mancebos, y el travestismo parece no haber tenido mucha presencia en una sociedad rendida al *look* masculino.

Todo valía con tal de estimular y alargar el disfrute de los cuerpos, aunque también llegaba a suponer, con la edad y a pesar de la *alegre* liberalidad reinante, una carga para la emocionalidad. En su vejez, Sócrates manifiesta su satisfacción al verse liberado de "la servidumbre del sexo", y lo enfatiza un anciano Sófocles "como quien se libera de un amo furioso y cruel". Todo, en realidad, muy humano. ■



Zeus amó a Ganímedes
Casado con Hera e infatigable perseguidor de mujeres, el dios de dioses se rindió ante la sublime belleza de su efebo favorito.

BRIDGEMAN

Todos bisexuales
Safo, mítica poetisa supuestamente lesbiana, escucha a su amante masculino Alceo.



Ejercitar el cuerpo
Como se observa en esta recreación realizada para un documental televisivo (que continúa en páginas posteriores), los deportistas entrenaban en la palestra bajo la supervisión de su pedotriba o entrenador.

Laureles para los elegidos

Ninguna otra cultura ha valorado tanto el desarrollo del cuerpo y la mente como la helena . Este hecho, unido a su espíritu competitivo y afán de superación, les hizo trasladar sus gestas de los gimnasios a los estadios. Por **Jacobo Storch de Gracia**

El deporte está presente hoy día en todas las esferas de nuestra vida, tanto en las instalaciones de los colegios y municipios o como espectáculo de masas, a todas horas y en todo el mundo. Sin embargo, debemos a los antiguos griegos buena parte del sentido que le damos en la actualidad a la práctica del deporte, aunque ellos no conocían –como tampoco los romanos– la palabra "deporte", ni tenían otra similar para designar una actividad a la que eran tan aficionados (el inglés *sport* procede del francés antiguo *desport*, divertimento). A pesar de ello, nuestro lenguaje está lleno de términos que debemos a nuestros antepasados helénicos: atleta, disco, estadio, gimnasia, halterofilia o hipódromo.

Hasta el momento, sigue sin clarificarse el origen del deporte. Para algunos, se formó por evolución de antiguas prácticas de caza, de guerra o de determinadas habilidades profesionales; para otros, se debe al instinto *jugador* del hombre, como impulso innato hacia el movimiento y el juego. También hay quien opina que las competiciones tendrían su origen en rituales religiosos o en las antiguas luchas de dioses y héroes. Aunque los primeros pasos no se hayan acotado todavía con claridad, sí existe acuerdo al afirmar que, entre los griegos, el ejercicio deportivo adquirió una importancia primordial en la educación de sus ciudadanos.

Aun cuando otras culturas practicaban ejercicio físico e incluso enfrentamientos individuales o en equipo, fueron los



STEPHAN COMPOINT

Milón de Crotona, *recordman*

En la segunda mitad del siglo VI a.C., entre las Olimpiadas 60 y 66, un hombre se elevó a las alturas del mito. Procedente de la ciudad de Crotona, en el sur de Italia, Milón fue seis veces vencedor absoluto en Olimpia, otras tantas veces en los Juegos Píticos, diez en los Ístmicos y nueve en los Nemeos. Fue una marca inigualada en todos los tiempos de los juegos deportivos: permaneció más de veinticuatro años en la cima de la fama. En su ciudad natal le tuvieron en gran estima, llegando a capitanear una expedición guerrera contra la vecina Síbaris; Milón acudió al combate con su corona de laurel y disfrazado como un nuevo Heracles, con su piel de león y una maza. Sin embargo, Milón era conocido también por otras proezas, tales como comerse un ternero de una sentada o por su extraordinaria fuerza física, que le hizo destacar especialmente en las pruebas de lucha. Como cuenta de él Pausanias, "se ataba a la cabeza una cuerda o cinta, contenía el aliento y, llenando de sangre las venas de la cabeza, rompía con la fuerza de éstas la cuerda. (...) Dicen que fue muerto por las fieras, pues estando en el campo de Crotona, encontró un árbol seco que era mantenido abierto por unas cuñas. Milón, confiado, metió las manos en la hendidura, las cuñas se escaparon y Milón, preso allí, fue pasto de los lobos...".



Escultura del deportista realizada por P. Puget (1620-1694).

CORDON

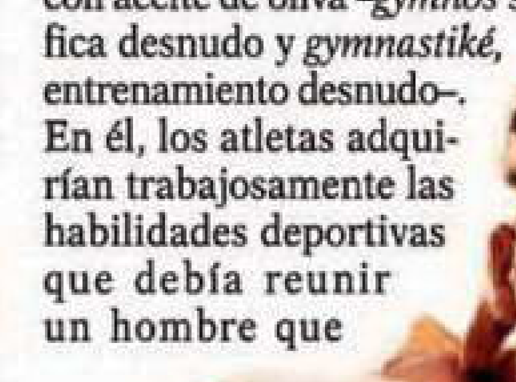
Los primeros Juegos Olímpicos se disputaron en el 776 a.C. y se celebraron con regularidad hasta que los prohibió el emperador Teodosio en el 394 d.C.

griegos los que realmente se emplearon a fondo en el espíritu competitivo: se puede afirmar que practicaban el deporte únicamente para ganar. Para ellos, tan sólo había un vencedor y los demás participantes no eran más que perdedores. Al ganador le esperaba una inmensa gloria entre sus conciudadanos, mientras que los restantes procuraban pasar desapercibidos, humillados por la derrota. Como decía Píndaro, "mortificados por su fracaso, iban por las callejuelas encogidos, evitando la mirada de sus competidores".

Los deportistas trataban de alcanzar el ideal de belleza marcado por los artistas

Este espíritu de superación y rivalidad daba comienzo desde la infancia. Una vez superada la etapa de los juguetes individuales o de los animales domésticos como mascotas, la educación del niño incluía muy pronto juegos de grupo –del tipo de la gallina ciega, el pilla-pilla, el escondite o todo tipo de corros, además de trepar a los árboles o por cuerdas y lanzar guijarros al agua– en los que se destacaba pronto la idea de competición. La formación del futuro ciudadano griego se desarrollaba en un espacio bien determinado, el gimnasio, donde realizaba sus ejercicios físicos totalmente desnudo y con el cuerpo untado con aceite de oliva –*gymnos* significa desnudo y *gymnastiké*, entrenamiento desnudo–. En él, los atletas adquirían trabajosamente las habilidades deportivas que debía reunir un hombre que ha de luchar con sus contrincantes, bien fuera en un certamen deportivo, bien en la guerra –*to áthlon* significa esfuerzo o trabajo; de ahí atletismo y atleta– . Todo este entrenamiento lo realizaban siempre con un enorme sentido de la superación. Por supuesto, había de ser realizado sin olvidar la formación del espíritu y la mente, pues los antiguos griegos también veían el peligro de la excesiva práctica deportiva. Esto podía llevar a la deformidad del cuerpo, cuando un atleta se entrenaba casi exclusivamente en una disciplina deportiva, tal y como afirmaba Hipócrates: "Del desarrollo de determinadas partes del cuerpo con finalidades concretas se deriva la inestabilidad física".

El entrenamiento asiduo en el gimnasio tenía una triple vertiente: higiénica, ética y estética. El ejercicio permitía obtener una buena salud, tanto física como espiritual, tal y como lo recogen los autores griegos. Aristófanes, en su obra "Las nubes", se dirige a un muchacho diciéndole: "debes entrenarte en la escuela, en vez de charlar en el mercado como es costumbre hoy en día (...). Si haces lo que te digo y te lo tomas muy en serio, el pecho se te volverá lustroso para siempre, la piel sana, los hombros fuertes, la lengua dentro de la boca, las nalgas plenas, el pene pequeño...". La educación física servía también para obtener unos cuerpos bellos, perfectamente conformados. Eso sí, este modelado del cuerpo se hacía según un cánon estéti-



Lanzamiento de disco

Es la única prueba que ha mantenido las mismas reglas desde la Grecia clásica hasta hoy.

STEPHAN COMPOINT

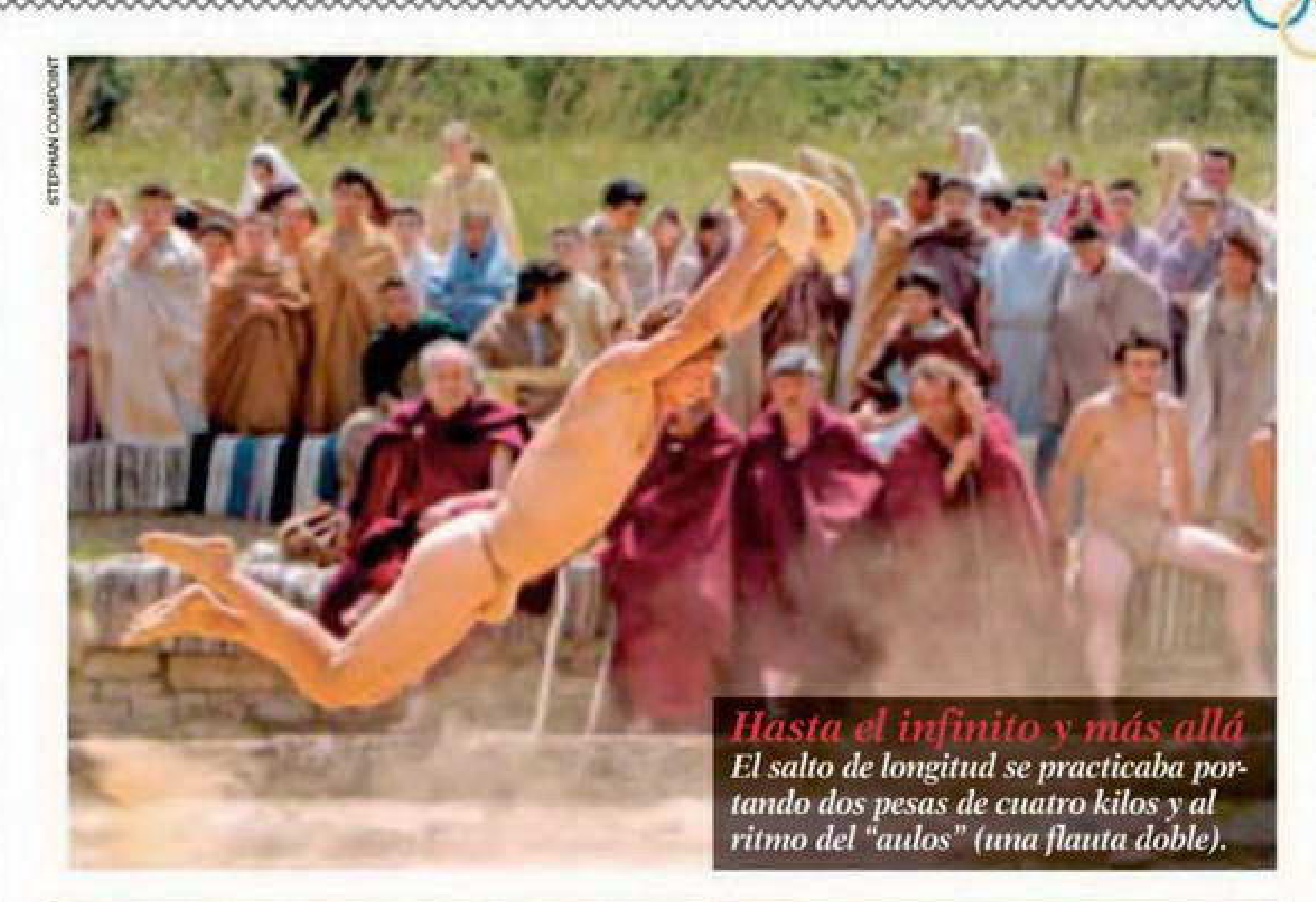
co idealizado, pues se pretendía imitar a las formas representadas en las estatuas de atletas que adornaban el gimnasio, la palestra o los santuarios, y ya se sabe que estos cuerpos eran realizados por los artistas siguiendo un esquema idealizado de la belleza física. Se llegaba así a la paradoja de que el atleta imitaba una estatua ideal más que ésta lo hacía a un hombre real.

La meta de los jóvenes era vencer en los diversos juegos panhelénicos, especialmente en Olimpia. Situado en el oeste de la península del Peloponeso, el santuario de Zeus está íntimamente ligado no sólo a la historia de los antiguos griegos sino también al de la cultura deportiva del mundo moderno, pues allí continúa encendiéndose cada cuatro años la antorcha que inaugura la versión actual de las Olimpiadas. Los primeros Juegos Olímpicos de la Antigüedad de los que tenemos noticias se celebraron el 776 a.C., año en que por primera vez se fijaron por escrito los nombres de los vencedores. Al menos desde esa fecha y hasta que el emperador Teodosio los prohibió en el 394 d.C. no dejaron de celebrarse cada cuatro años, convirtiéndose en el eje cronológico de los griegos. De hecho, estos emplearon la numeración de las Olimpiadas para organizar y poner en orden su cronología.

Disco, jabalina, salto de longitud, carrera y lucha formaban el pentatlón

Según la tradición, los primeros Juegos inaugurados por Heracles en Olimpia no fueron sino unas carreras de caballos, disciplina que siempre se mantuvo y que se desarrollaba en el hipódromo. Cerámicas y esculturas de carros y aurigas nos muestran cómo debían transcurrir estas pruebas, al igual que ilustran las restantes competiciones atléticas. Entre éstas, las más importantes integraban el pentatlón –literalmente, los "cinco ejercicios"–, cuyo vencedor alcanzaba un enorme prestigio entre los griegos. La primera de las pruebas era el *dromos*, una carrera a lo largo del estadio –casi 200 metros, equivalente a la actual prueba de velocidad, los 100 metros lisos– y su vencedor era el que encendía el fuego sagrado en el altar de Zeus.

Le seguía el salto de longitud o *halma* –semejante al actual triple salto–, que tuvo gran aceptación en los gimnasios y palestras de toda Grecia y era practicado por jóvenes y adultos. No se sabe muy bien cómo se realizaba la prueba, a pesar de la multitud de imágenes que la representan, pues los corredores saltaban con unas pesas en las manos de un par de kilos cada una, lo que obligaban al atleta a una perfecta sincronía de brazos y piernas. El lanzamiento de disco o *discobalia*, a pesar de


STEPHAN COMPOINT

Hasta el infinito y más allá
El salto de longitud se practicaba portando dos pesas de cuatro kilos y al ritmo del "aulos" (una flauta doble).


STEPHAN COMPOINT

¿Dónde colgaban el dorsal?
Descalzos y portando escudo y casco era como vestían los participantes en la carrera armada o de hoplitas.


STEPHAN COMPOINT

Más dura será la caída...
Untados con aceite y arena, los luchadores vencían cuando la espalda de su oponente tocaba el suelo.

Además de las competiciones de Olimpia, los Juegos Nemeos, los Píticos y los Ístmicos también formaban parte del "circuito sagrado"



STEPHAN COMPOINT

Y tras el duro ejercicio... **Los atletas acudían a las salas cercanas a la palestra, donde tomaban baños y recibían masajes de los "aleiptes".**

su artificialidad, era practicado ya por los héroes homéricos y sus representaciones dieron lugar a obras artísticas muy apreciadas, entre las que destaca especialmente el "Discóbolo" de Mirón. El *dískos* –significa "objeto que se lanza"– acabó por dar nombre a la forma circular del elemento arrojado, tanto de piedra como de bronce, cuyo peso oscilaba entre un kilo y medio y los cinco kilos, dependiendo de la edad, peso y tamaño del atleta. El vencedor era aquel que lograba obtener la mejor media tras cinco intentos. El *akontismo* o lanzamiento de jabalina estaba claramente ligado al entrenamiento militar y a la caza. En su práctica, a diferencia de las pruebas modernas, el lanzador griego se valía de una correa de cuero enrollada en el *akón* y cuyo extremo se sujetaba con dos dedos. El impulso extra y el giro que adquiría la jabalina aseguraban un mayor alcance y una mejor estabilidad en su vuelo. Su longitud también era variable, pues dependía de la talla del participante.

El desarrollo del pentatlón constaba generalmente de estas cuatro pruebas. La quinta, que era la lucha, sólo se celebraba en caso de empate entre dos contrincantes, tanto si eran dos vencedores como si se trataba de dilucidar el segundo y tercer puesto. Consistía en una prueba combinada de fuerza y habilidad en la que había que derribar al contrario hasta que sus hombros o su espalda estuviesen en contacto con el suelo, al menos en tres intentos. Además del pentatlón, se realizaban otras pruebas deportivas como las carreras hoplíticas, con armas, al modo del hoplita o guerrero de infantería; el pugilato o *pugné*, similar al actual boxeo; el pancracio, una versión brutal de la lucha libre en la que valía todo salvo meter los dedos en los ojos o morder al contrario.

Cuando lo más importante era ganar y no sólo participar

Además de las pruebas estelares, también había ejercicios menores como las carreras de antorchas o de mujeres (*pandemías*), celebradas cada cuatro años, pero fuera del calendario de las Olimpiadas. Al culto de Zeus en Olimpia (a partir del 766 a.C.) se sumaba el del santuario de Nemea, también en el Peloponeso, con sus Juegos Nemeos (desde el año 566 a.C.). Junto a él, Apolo recibía culto en Delfos, donde se celebraban los Juegos Píticos (582 a.C.) y Poseidón en Istmia, cerca de Corinto y escenario de los Juegos Ístmicos (586 a.C.). Estos cuatro santuarios formaban el "circuito sagrado" –hoy lo llamaríamos Grand Slam– y su vencedor absoluto recibía el título de *periodonikes* o "ganador del circuito" y era honrado como un verdadero héroe, cuya memoria se extendía por toda Grecia, durante generaciones. Existían también otras competiciones fuera del circuito sagrado, tales como los Juegos Eleusinos –en el santuario de Eleusis, consagrado a Deméter– y los Juegos Panatenaicos, cuyos vencedores recibían una corona de olivo y la correspondiente ánfora llena de aceite obtenido de los olivos sagrados de Atenea, patrona de Atenas.

Aunque la tan conocida frase ha tenido más fortuna en latín, *mens sana in corpore sano* corresponde a una idea griega. Implica la formación intelectual en un cuerpo modelado por el ejercicio físico y las dos actividades asociadas a un fuerte sentido de rivalidad y superación, pues el griego quería ser siempre el primero en todo. De ello nos han quedado nombres que contienen términos como *protos* (el primero), como Protágoras, Protesilao o Protógenes; *aristos* (el mejor), como Aristóbulo, Aristóteles o Arístides; o *niké* (victoria), contenido en Damónico, Nicandro, Nicator o Nicias, entre otros. En definitiva, un planteamiento muy alejado del recogido en el actual ideario olímpico que afirma que "lo importante no es ganar, sino participar".

El fuego del oráculo de Zeus en Olimpia lo encendía el vencedor de la primera prueba del pentatlón, lo que ha dado lugar a la actual ceremonia de la antorcha olímpica.



STEPHAN COMPOINT

Un puente entre el pasado y el futuro **Este estadio (Olimpia) acogió los primeros Juegos en el 776 a.C. y algunas pruebas de los celebrados el año 2004.**



Una de las pruebas favoritas
La carrera de carros se celebraba en el hipódromo y el premio recaía en el dueño de los caballos y no en el auriga.



STEPHAN COMPOINT

Pódium para los ganadores
Los primeros vencedores de los Juegos recibían un caldero de bronce, que luego fue sustituido por una corona de olivo.

El salto de altura, la natación o el maratón, tan estimados en los juegos atléticos actuales, no existían como tales en la Antigüedad. En aquella época despertaban gran expectación las carreras de caballos y de carros, hoy día fuera del catálogo de las pruebas de atletismo. En los primeros tiempos de la Grecia geométrica y arcaica, el vencedor recibía un caldero de bronce sobre un trípode, recuerdo del marmitón que en los santuarios servía para guisar la carne de los sacrificios y que ha quedado fosilizado en las actuales copas que se entregan en determinadas competiciones. En la Grecia Clásica, sin embargo, el premio consistía sólo en una corona: de olivo en Olimpia, de laurel en Delfos, de roble en Nemea y de pino en Istmia.

Los deportistas griegos también tenían su "merchandising"

Los vencedores de los Juegos adquirían una inmensa gloria tanto propia como para su ciudad de origen; hoy día los ganadores ven complementados sus trofeos con premios en metálico, al margen de los pingües beneficios obtenidos a través de la publicidad. Al igual que en la Antigüedad, los ases del deporte actual son representados en un sinnúmero de objetos que tienen su equivalente en las estatuas y figuritas de bronce, mármol o terracota, amén de los útiles empleados en las pruebas deportivas –discos o pesas– que han aparecido por centenares en los santuarios griegos o las innumerables escenas pintadas en los vasos cerámicos y que hoy se pueden contemplar por millares en las salas de los principales museos del mundo. ■

La antorcha que no se apaga

La visión de las ruinas de Olimpia, excavadas por el Instituto Arqueológico Alemán en Atenas, inspiraron al pedagogo francés Pierre de Fredy, barón de Coubertin, la idea de resucitar el ideal olímpico y el valor formativo del deporte entre la juventud. En 1892 expuso en París su proyecto, ante la frialdad y la incomprensión de sus compatriotas. Tras visitar a monarcas y grandes personajes en continuos viajes, cuatro años después fundó el "Congreso Internacional de París para el estudio y propagación de los Principios del Atletismo", con 30 países participantes. Fue el precedente del Comité Olímpico Internacional. En junio de 1894 se decidió hacer revivir los Juegos Olímpicos, convocando la celebración de los primeros Juegos de la serie moderna en Atenas para el verano de 1896. El propio barón de Coubertin fue el responsable de diversos gestos rituales que aún se realizan en los Juegos Olímpicos, tales como la bandera con sus cinco anillos de colores –por los cinco continentes–, la inicial suelta de palomas, los desfiles e izados de las banderas nacionales de los países ganadores, o el podio para los tres vencedores. A su muerte en 1938, el corazón del barón de Coubertin fue embalsamado y enterrado en Olimpia, donde el gobierno griego le erigió un monumento conmemorativo en uno de los parajes más evocadores del santuario. Fue en los Juegos de Berlín, en 1936, cuando se inició la costumbre del encendido ritual de la antorcha. A partir de entonces, cada cuatro años se repite el gesto: el Sol hace prender la llama olímpica frente al viejo templo de Hera en Olimpia. Allí, una moderna sacerdotisa lo traslada al estadio, desde donde se conduce a través de una serie de etapas en manos de atletas y deportistas que renuevan con ese gesto los ideales del olimpismo griego.



CORDON

Monumento en honor al barón de Coubertin (1863-1937) en Olimpia.

¡Por todos los dioses!

La mitología impregnaba la vida política social y religiosa de los griegos. Sus dioses, enamoradizos y vengativos, tenían más atributos humanos que ningún otro panteón. Los héroes, casi divinos, eran también venerados.

Por **María Ribadeneira**



Héroe local
Teseo se enfrenta a un centauro en la obra del escultor neoclásico Antonio Canova. Algunos héroes eran respetados y honrados en la polis *tanto como los dioses.*

COVER

Para nosotros, la naturaleza se rige por causas y efectos, mientras que el ser humano es el único responsable de sus decisiones y sentimientos. Sin embargo, para los griegos de la Antigüedad, ni la naturaleza ni los seres humanos eran autónomos, los dioses los conducían. Las divinidades eran, entonces, omnipresentes.

En el universo griego no existía una "ley natural" que explicara el origen de los fenómenos; por el contrario, desde el mundo divino se podía interrumpir en cualquier momento el curso del sol o la vida humana. Los dioses eran, entonces, omnipotentes.

Para conseguir sus fines, los eternos empleaban a su antojo las fuerzas de la naturaleza y la voluntad humana atendiendo exclusivamente a su propio criterio e interés. Los dioses eran, entonces, imprevisibles.

Omnipresentes, omnipotentes e imprevisibles; así eran los dioses que regían los destinos de las *polis* griegas, cuya memoria resulta aun hoy tan próxima y atractiva.

La mitología que los señores del panteón griego protagonizaron representó un cruce en el tiempo y en el espacio. En sus relatos confluía el tiempo del mito y el tiempo de los propios individuos; los dramas y valores divinos, con los pesares y anhelos de los hombres.



COVER

Matrimonio a la italiana

Zeus y Hera vistos por André Corneille (1739-1822). Los amores y desamores míticos que vivieron fueron la comidilla de Olimpo.

Una religión que cambia y evoluciona al paso de los tiempos

La vida cotidiana y privada, al igual que la vida pública, se organizaba en la *polis* en torno a una diversidad de ritos; lo religioso impregnaba todas las acciones y etapas de la vida ciudadana. De modo que la espiritualidad griega obliga al investigador a pensar en conjunto recurriendo a la antropología, la historia, la literatura y la filosofía. En una de las múltiples paradojas que ofrece, lo religioso podía ser ubicuo, pero como observan Louise Bruit y Pauline Schmitt, "el ritualismo exacerbado, el recurrir de manera enfermiza a la interpretación de los signos y el miedo cerval a la divinidad resultan ridículos y poco acordes con la piedad griega". En definitiva, el griego era religioso, pero ni beato ni excesivamente supersticioso.

La religión griega fue el resultado de una fusión entre las creencias prehelénicas y los cultos aportados por los pueblos que llegaron a la Hélade a lo largo del II milenio. Este conjunto de prácticas y credos se estructuró en torno al siglo VIII a.C., cuando apareció la organización política típica del mundo griego: la *polis*. A finales del siglo VIII a.C. comenzaron a aparecer santuarios panhelénicos, no asociados exclusivamente a una ciudad, cuya función fue aglutinar a los habitantes de la Hélade en torno a una identidad, a través de sus dioses y su lengua. El resultado final de siglos de creación y recreación de mitos fue una religión en la que no había iglesia, ni clero, ni dogma, ni textos sagrados que consagrasen una versión única y oficial. Los mitos y sus dioses permanecieron a lo largo del tiempo, pero su significado fue adaptándose a las necesidades de los humanos y a sus valores, no sin ser objeto de severas críticas.

La biblia del griego: poemas épicos, míticos y obras dramáticas

Los santuarios se diseminaban por todo el territorio de la *polis* –en su acepción de ciudad-Estado–, por lo tanto, cualquier lugar podía convertirse en sagrado sin necesidad de costosas construcciones. Como en otros lugares del mundo, la América prehispánica, por ejemplo, los rituales se hacían en espacios abiertos, mientras los templos permanecían cerrados al público por ser la morada de los dioses. El mismo ágora o plaza pública, además de ser el corazón de la actividad ciudadana, era un santuario con sus recintos sagrados, sus altares y sus tumbas de héroes. En las puertas de los templos y en las plazas se escribían las leyes sobre la observancia de los ritos, una publicidad que en otras religiones se ha reservado a la casta sacerdotal. Pero estos textos epigráficos son sólo una pequeña fuente de información sobre la religión griega, la mayor parte de los conocimientos que se conservan sobre ella procede de la literatura. Y es que, en la Grecia antigua fueron los poetas quienes formaron y transmitieron el saber mitológico, no los sacerdotes, como ocurre en la mayoría de los credos contemporáneos. Son poetas que no inventan, no crean, aunque sí recrean; su función es recopilar, ordenar y transmitir una tradición épica ancestral, para dar sentido a lo que parece un conglomerado de personajes en perpetuo conflicto. La "Ilíada" y la "Odisea" de Homero –quien quiera que fuera ese personaje–; la "Teogonía" y "Los trabajos y los días" de Hesíodo; la "Historiae" de Herodoto, y las múltiples obras dramáticas que enriquecen la literatura son las "biblias" del griego. Entre todas ellas, destaca la "Teogonía" del siglo VIII a.C., por ser la primera narración ordenada del origen de las divinidades y del mundo. Su autor, presenta una visión global del universo divino, desde los dioses primigenios –Caos, Gea y Eros– hasta el conocido Zeus y su familia. La obra es, según García Gual, un exponente de la fusión entre lo oriental y lo occidental: "a la herencia oriental de la mitología griega se une el anhelo de sistematización, de ordenación global y de explicación, rasgos del pensamiento griego en sus inicios".

Cada religión dota de significado propio a los conceptos que expresan su esencia, es pues imprescindible atender al contenido de ▶



PRISMA

Entre cuatro o más columnas

Los santuarios podían encontrarse en las acrópolis, las ágoras o al aire libre. Sus templos albergaban las estatuas de los dioses y los altares para ritos. En la foto, el de Poseidón, en Paestum (Italia).

cada concepto, no a su expresión formal. Lo "sacro" y "lo profano" son en la religión griega conceptos que tienen un significado muy diferente al utilizado en el cristianismo, por ejemplo, pues un objeto se sacraliza por su función, no por su naturaleza. De ahí que, un sacerdote sólo tuviera carácter sagrado cuando ejercía como tal, ya que cualquier individuo podía ejecutar los actos de culto.

La piedad y la impiedad tienen en el mundo griego una connotación difusa, poco precisa. Ser piadoso significaba creer en la eficacia del sistema simbólico –establecido para administrar las relaciones entre los hombres y los dioses– y, además, participar de la manera más activa posible. Si bien la herejía y la persecución por motivos religiosos eran, en principio, imposibles, se condenaba severamente la impiedad o *asebeia*, entendida como la ausencia de respeto por las creencias y los rituales comunes entre los habitantes de la ciudad.

La *polis* permitía la incredulidad siempre que no implicara gestos de impiedad. Es decir, siempre y cuando no se atentara contra la propiedad de los dioses, los rituales o sus representaciones, no se introdujeran nuevas divinidades o no se emitieran ciertas opiniones denigratorias sobre éstas. Como prototipo de impío aparece comunmente el nombre de Sócrates, que fue condenado a muerte en Atenas en 399 a.C. por corromper a la juventud, destruir la fe en los dioses de la ciudad e introducir divinidades nuevas. Su impiedad era, por lo visto, absoluta.

Además de piadoso, el ciudadano griego y la *polis* en su conjunto –concebida como un ser concreto y vivo– debía cumplir una serie de obligaciones para mantener el favor de su dios o dioses protectores: respetar y participar en los ritos ancestrales, destinar a la divinidad parte de los ingresos obtenidos mediante ofrendas y guardar devoción a los antepasados y a los dioses protectores de la familia. En general, el respeto y la participación en los rituales eran considerados como dos signos de razonable piedad.

A cada *polis* sus santuarios, dioses, sacrificios y ritos

Los griegos honraban a diferentes tipos de fuerzas divinas: los dioses; los démones –fuerzas misteriosas bienhechoras o malévolas– y los héroes, cuya vida y muerte fueron gloriosas e hicieron un servicio a la comunidad. A todos ellos se ofrecían sacrificios o *thysia*, tanto de carácter colectivo como individual.

El sacrificio significaba la renovación del pacto que unía a la ciudad con sus dioses, y garantizaba el orden y la prosperidad. Éste suele describirse como "cruento" por implicar el derramamiento de la sangre de algún animal degollado, desde el modesto gallo al imponente buey, parte del cual era incinerado en los altares para que, convertido en humo, alimentara a los dioses. Sin embargo, comparada con otras culturas, la griega tenía una concepción más bien sosegada de los sacrificios; más de mil años después, los aztecas mesoamericanos sacrificarían miles de víctimas para alimentar y complacer a sus feroces y distantes divinidades.

Saber lo que querían o pensaban los dioses resultaba a veces un tanto complicado. Para afrontar este problema, otras culturas "inventaron" la casta sacerdotal. Es decir, especialistas en el culto capaces de servir de interlocutores entre lo divino y lo humano, así como de interpretar lo que la divinidad requería del individuo o de la comunidad.

A falta de clero, en sentido estricto, los griegos recurrieron a los oráculos, portadores de la palabra divina, entre los que destaca el ubicado en Delfos. Rodeada de un halo de misterio, en estado de trance –tras haber ingerido o inhalado algún tipo de alucinógeno– la pitonisa transmitía el mensaje del dios invocado utilizando un lenguaje críptico que

El espíritu impera

Abajo, representación de "Antígona" de Sófocles, personaje que muere por realizar un rito funerario prohibido por su rey. A su derecha, una de las muchas escenas mitológicas que cubrían los frisos del Partenón.



PRISMA

COVER

el interesado debía descifrar como mejor pudiera. El panteón griego puede interpretarse como "una construcción intelectual, viva y operativa que sirve como sistema de clasificación de las fuerzas que llamamos dioses", según Bruit y Schmitt. Cada *polis* honraba a un determinado número de dioses y de héroes con santuarios y cultos. De ahí que el panteón variara de una ciudad a otra, lo que da esa imagen de complejidad y diversidad característica de la mitología griega.

En ese panteón no hay un ser supremo, primigenio e incuestionable: Caos fue sustituido por Urano, Urano fue castrado por Cronos y éste a su vez derrocado por Zeus, quien tuvo que luchar por alcanzar y defender el poder. En el polo opuesto, tampoco hay en la mitología griega ninguna divinidad del mal, pero sí una serie de personajes que representan el lado oscuro de la existencia. Entre ellos, se encuentra la Discordia, hija de Nix –la Noche–, de quien nació la Fatiga, el Olvido, el Hambre, los Dolores, las Guerras y la Destrucción.

Los conocidos doce dioses del Olimpo son los parientes de Zeus, lo que podríamos considerar la "familia real divina". Esos felices inmortales de vida fácil representan sólo una pequeña parte del panteón. De las tres entidades primordiales –Caos, Gea y Eros– nacieron otras divinidades, al margen del conocido linaje de Gea-Urano, del que surgió Cronos y tras él Zeus. Entre ellas, se encuentran la mencionada Noche, con sus hijos el Sueño, la Angustia y Hémera –la Luz del Día–, así como las Montañas y el Ponto, ambos hijos de Gea. Las cuatro generaciones que van desde el Caos hasta los hijos de Zeus constituyen el núcleo central de la familia olímpica, cuyas uniones y desuniones, venturas y desventuras, presididas por las frecuentes trifulcas entre Zeus y su hermana-esposa Hera son del dominio público.

La diversidad del mundo divino heleno se refleja en los diferentes atributos de las fuerzas que lo integran, pero podemos entresacar algunas características comunes. Para empezar, los dioses no son algo externo al mundo, como el Dios cristiano, sino parte esencial de él. Tampoco han creado el mundo y al ser humano, sino que ellos mismos fueron creados en algún momento.

Un panteón imprevisible y belicoso. Más para adorar que para imitar

Los dioses no son eternos, sino inmortales, pueden ser heridos –derramando el "icor" que corre por sus venas–, se alimentan de ambrosía, néctar y exhalaciones, y están sometidos al destino. Los dioses son fuerzas, no personas, de ahí que no todos tengan aspecto humano y se comporten como tales. Sería el caso de las Montañas, el Ponto, Temis –ley y orden– y Mnemósis –recuerdo–. No poseen ni todos los poderes, ni todos los saberes, sino tan sólo algunos. De hecho, aunque cada divinidad tenga su nombre, sus atributos, sus aventuras y peculiaridades, sólo existe en función de los vínculos que la unen al sistema divino global. Un sistema que, además, es dinámico y cuya percepción por parte de los humanos cambia a lo largo del tiempo y se adapta a las necesidades de cada época. Curiosamente, las diosas del panteón griego podían tener hijos sin concurso de varón. La intervención de la pareja era, en definitiva, tan sólo una opción, no un requisito: Gea alumbró a Urano sin mediar encuentro sexual, la Noche tuvo sola a las Hespérides, al Lamento, al Engaño, a la Ternura, a la Vejez y a Eris –Discordia–, y Hera, furiosa con Zeus por enésima vez, parió al Ponto por su cuenta y riesgo.

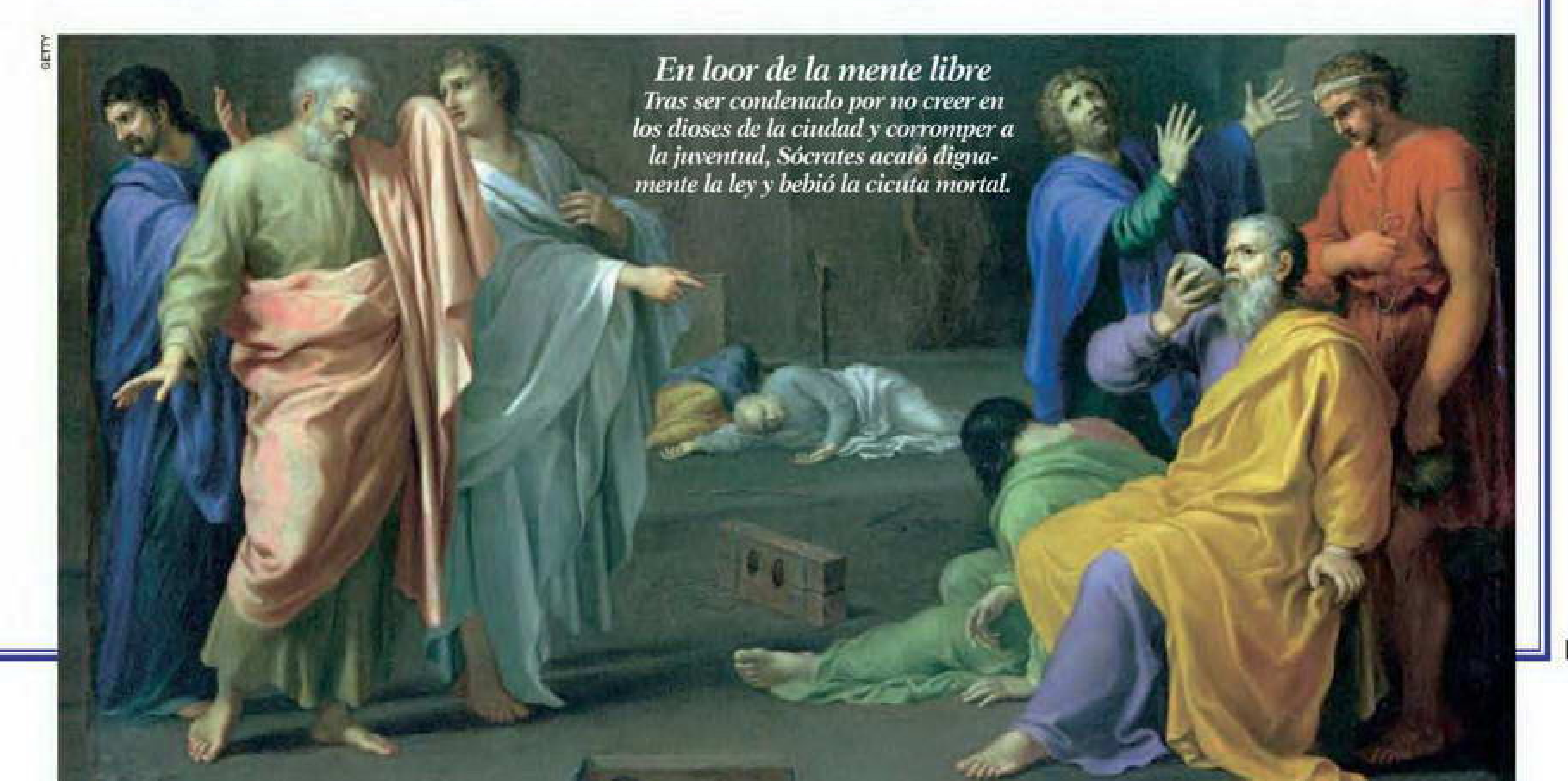
Por diversos motivos, los dioses griegos no fueron nunca considerados como un referente para los humanos. No son modelos a seguir; pueden ser personajes a quienes adorar, recurrir y temer, pero no necesariamente susceptibles a imitar. De hecho, eran imprevisibles, por lo que frecuentemente son descritos como caprichosos, están sujetos a pasiones poco edificantes y, lo que más llama la atención, intervienen constantemente en los asuntos humanos.

Los conflictos entre divinidades ocupan buena parte de los relatos mitológicos, pero no todos ellos proceden de la frivolidad que se les atribuye. A veces se trataba de auténticas luchas de poder en las que se dirimía algo más que un simple capricho. Dado que cada polis estaba colocada bajo la protección de una divinidad, las rivalidades entre unas y otras eran consecuencia de su afán por convertirse en dios tutelar de una misma ciudad; tal fue el origen del enconado enfrentamiento entre Atenea y Poseidón por el control de Atenas.

Podríamos decir, en conclusión, que mientras en otras religiones los humanos declaran guerras y se enfrentan a otros humanos invocando a sus dioses, en el mundo griego eran los dioses los que se enfrentaban entre ellos por proteger y controlar a los humanos. Sustancial diferencia. ■

Los griegos recurrieron a los oráculos, como el de Delfos, donde una pitonisa en trance transmitía el mensaje divino tras ingerir o inhalar un alucinógeno

GETTY



En loor de la mente libre
Tras ser condenado por no creer en los dioses de la ciudad y corromper a la juventud, Sócrates acató dignamente la ley y bebió la cicuta mortal.

CULEBRÓN DIVINO

El legado mítico griego ha inspirado a los creadores de todos los tiempos. De esta fuente fabulosa han bebido tanto los eruditos como el acervo popular.

Ovidio y Shakespeare retomaron con éxito sus personajes y argumentos. Han inspirado obras maestras de la pintura como "El nacimiento de Venus" de Botticelli y de la literatura como el "Ulises" de Joyce. Han sido protagonistas, incluso, de historietas para revistas y películas de dibujos animados. Y, también, para definir patologías psicológicas. Los mitos griegos, transcurridos milenios, siguen hablándonos de amor, valentía, amistad, traición, violencia... En una palabra, del carácter de la humanidad. El éxito inmortal de las narraciones mitológicas deriva precisamente de su capacidad de encarnar valores, estilos de vida y aspiraciones que nos son comunes. De hecho, los dioses griegos fueron creados a imagen del hombre. Víctimas de sus mismas pasiones y debilidades, son enamoradizos, caprichosos, impacientes, pendencieros..., como cualquiera de los protagonistas de una moderna comedia de situación. Si buscáramos dónde han ido a parar hoy divinidades como Zeus, Hera, Artemisa, Afrodita o Apolo, semidioses como Aquiles y Heracles o héroes como Teseo y Jasón, los encontraríamos entre no pocos personajes del espectáculo, algunos de los intelectuales de salón y ciertos deportistas de renombre. Y es que, muchas veces, en las actuaciones públicas de estos mitos modernos, la realidad se mezcla con la ficción y el personaje de carne y hueso pasa a convertirse en un instrumento identificador de los valores sociales imperantes. Para el antropólogo americano Joseph Campbell, los mitos se repiten en el tiempo porque nosotros mismos queremos recrearlos, necesitamos de un sueño que acompañe a la dura realidad.

Los mitos son una fuente inagotable de historias y tipos humanos: conquistadores, mujeres fatales, ingenuos, tiranos, rebeldes..., los mismos que pueden observarse en el cine o en un *reality show*. Y como el mito es una forma de comunicación universal, sus argumentos se prestan a servir de fuente tanto a obras selectas como a formatos que *enganchan* a públicos masivos. Tomemos por ejemplo la historia de Eros, el Cupido romano, que representa la pasión amorosa, y Psique –personificación del alma–, que conocemos al igual que muchas otras por autores latinos como Apuleyo (125-180 d.C.).

Su relato bien podría servir de trama para una fotonovela. Y como tal hemos querido contársela.

ÉRASE UNA VEZ, UN REY Y UNA REINA QUE TENÍAN TRES HIJAS. LA BELLEZA DE LA MÁS JOVEN, PSIQUE, ERA TAN EXTRAORDINARIA QUE TODOS ACUDÍAN A VERLA Y A HONRARLA COMO HICIERAN CON LA PROPIA AFRODITA. CUANDO ESTA DIOSA SE ENTERÓ, SE IRRITÓ TERRIBLEMENTE Y MANDÓ LLAMAR A SU HIJO EROS, LA DIVINIDAD DEL AMOR.





FOTOGRAFÍA Y POSTPRODUCCIÓN COSIMO BUCCOLIERI

SIN EMBARGO, PSIQUE NO OBTENÍA NINGÚN FRUTO DE SU EXTRAORDINARIA BELLEZA. TODOS LA MIRABAN, TODOS PROCLAMABAN SUS MÉRITOS, PERO NADIE SE PRESENTABA A PEDIR SU MANO. SUS HERMANAS MAYORES SE HABÍAN CASADO YA, PERO PSIQUE, QUE AÚN PERMANECÍA EN CASA, LLORABA POR SU DESOLADA SITUACIÓN.

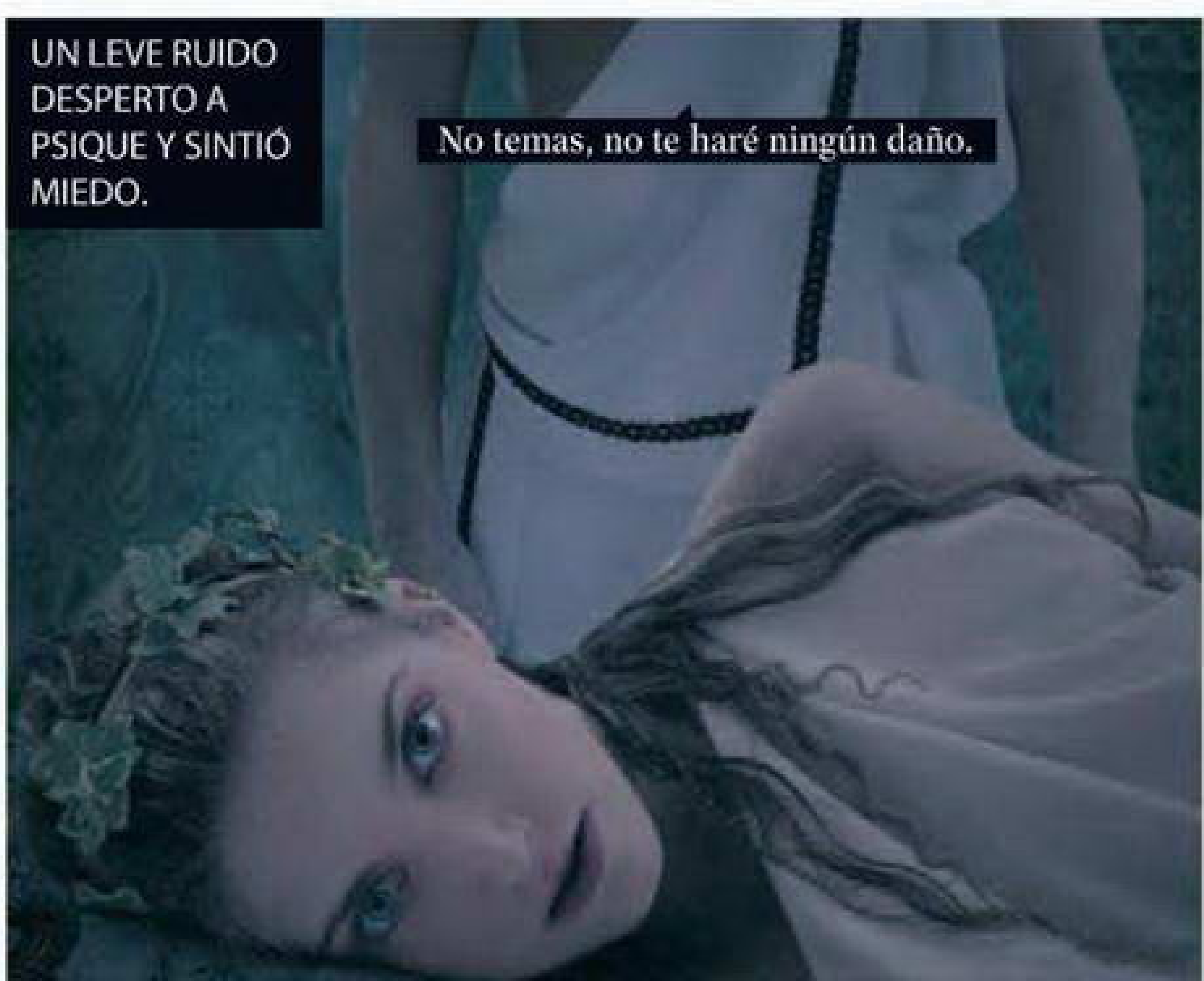












EL ESPOSO DESCONOCIDO LA HIZO SUYA, PERO ANTES DEL ALBA SE FUE. AQUELLO SE REPITIÓ VARIAS NOCHES Y LA JOVEN PSIQUE, VENCIDA POR SUS CARICIAS, ACABÓ ENAMORÁNDOSE.

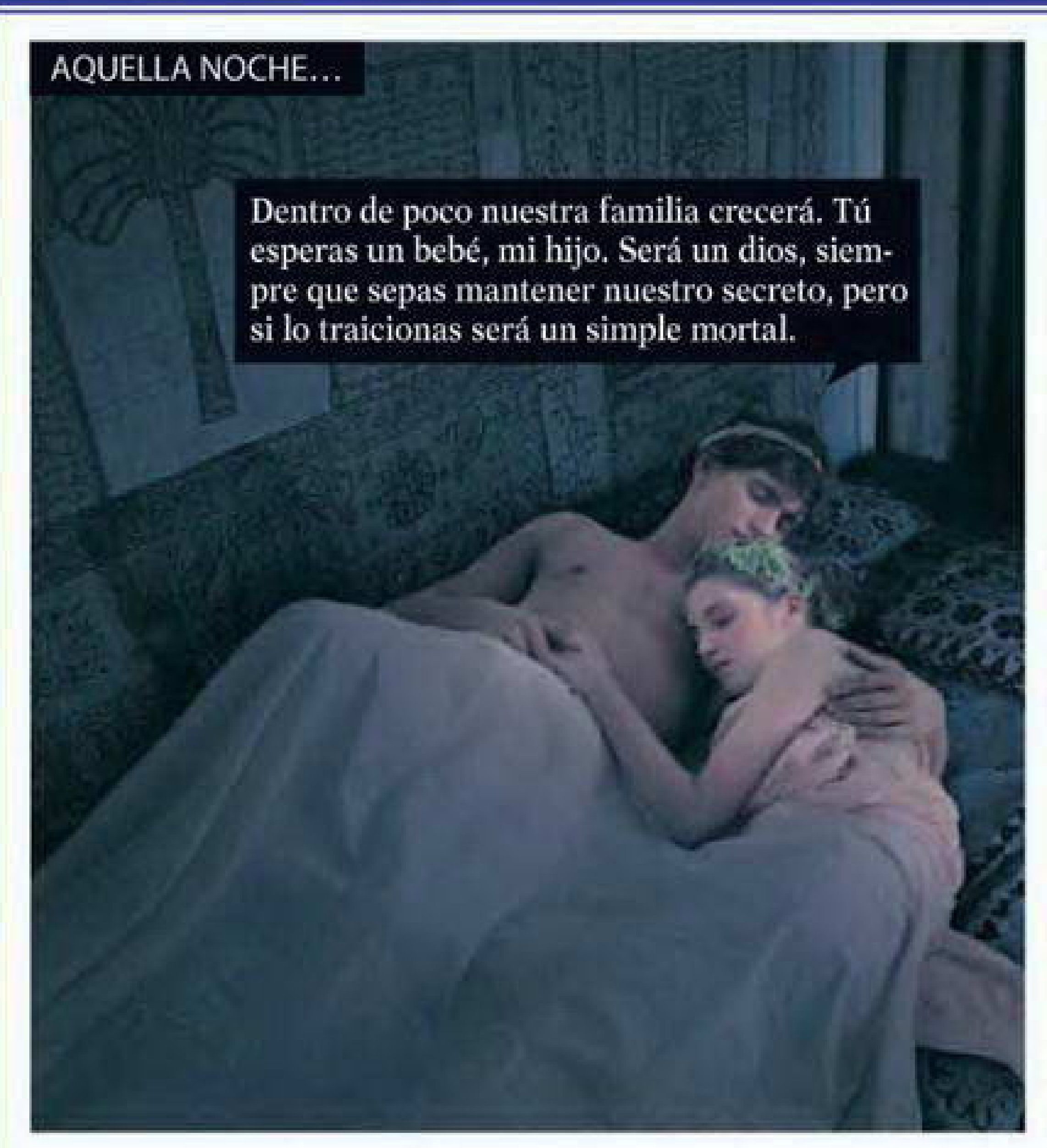
Nunca te sucederá nada malo, y podremos ser felices para siempre. Pero no debes intentar descubrir quién soy. Si lo haces, me perderás.

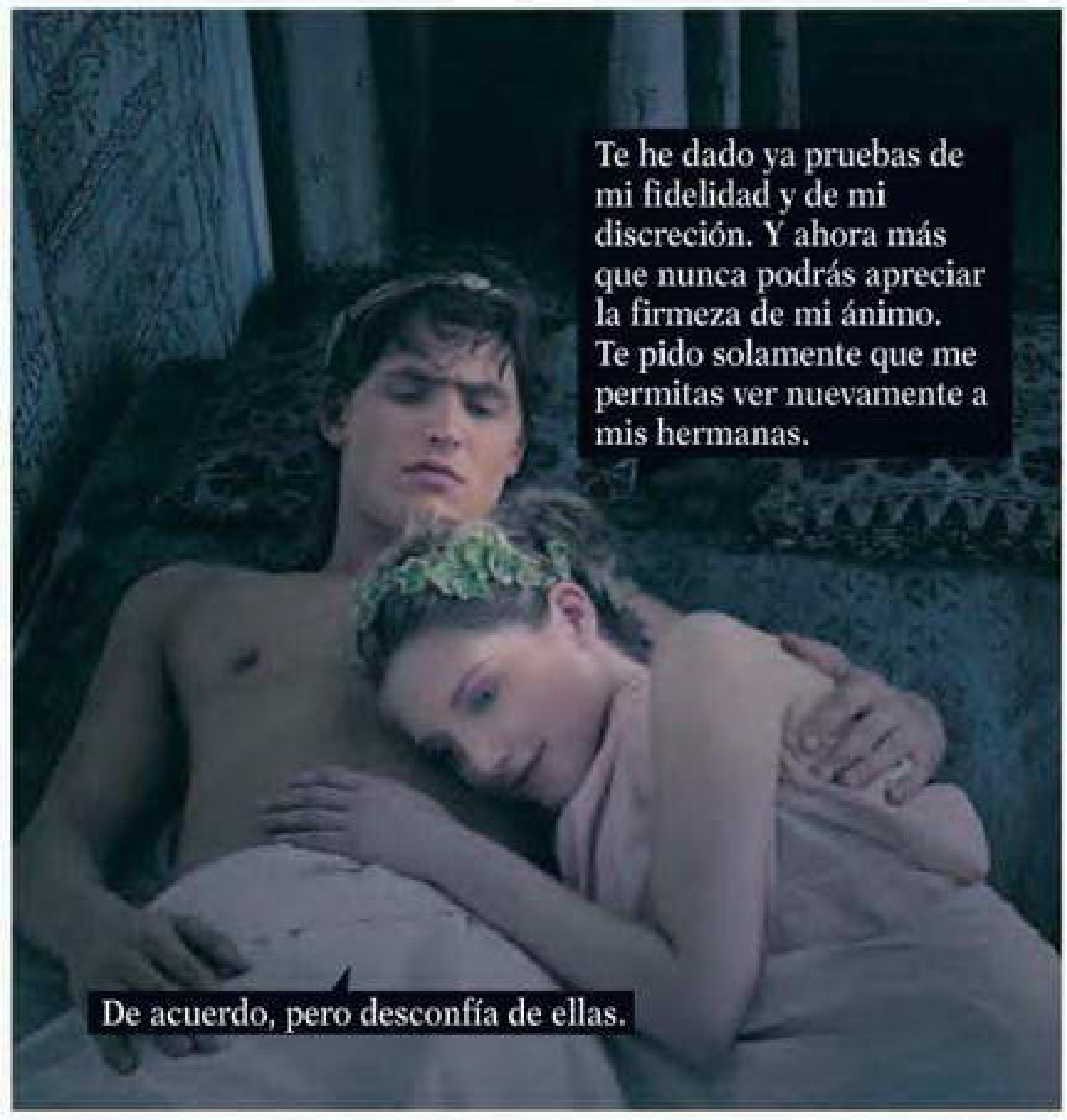
PERO DURANTE EL DÍA PSIQUE ESTABA SIEMPRE SOLA, DE MODO QUE PIDIÓ A SU MISTERIOSO AMANTE QUE PERMITIERA A SUS HERMANAS VISITARLA. EROS CEDIÓ A SUS RUEGOS Y LE CONCEDIÓ, ADEMÁS, LA POSIBILIDAD DE OFRECERLES REGALOS; NO SIN RECORDARLE EL PACTO SECRETO ACORDADO ENTRE AMBOS. AL DÍA SIGUIENTE, PSIQUE ORDENÓ A CÉFIRO QUE TRAJERA AL PALACIO A SUS QUERIDAS HERMANAS.



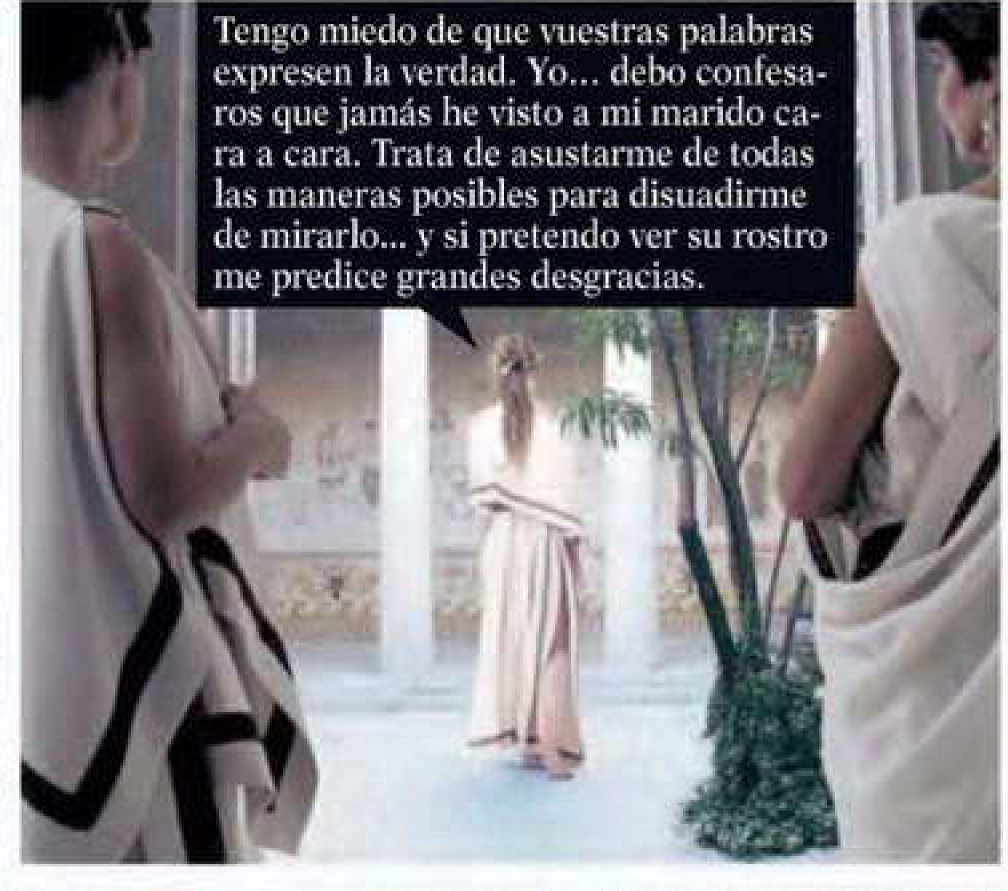
PSIQUE COLMÓ A SUS HERMANAS DE PRESENTES DE ORO Y DE JOYAS REPLETAS DE PIEDRAS PRECIOSAS. LUEGO LLAMÓ A CÉFIRO Y LE PIDIÓ QUE DEVOLVIERA A LAS MUCHACHAS A SUS CASAS.




AQUELLA NOCHE…
Dentro de poco nuestra familia crecerá. Tú esperas un bebé, mi hijo. Será un dios, siempre que sepas mantener nuestro secreto, pero si lo traicionas será un simple mortal.

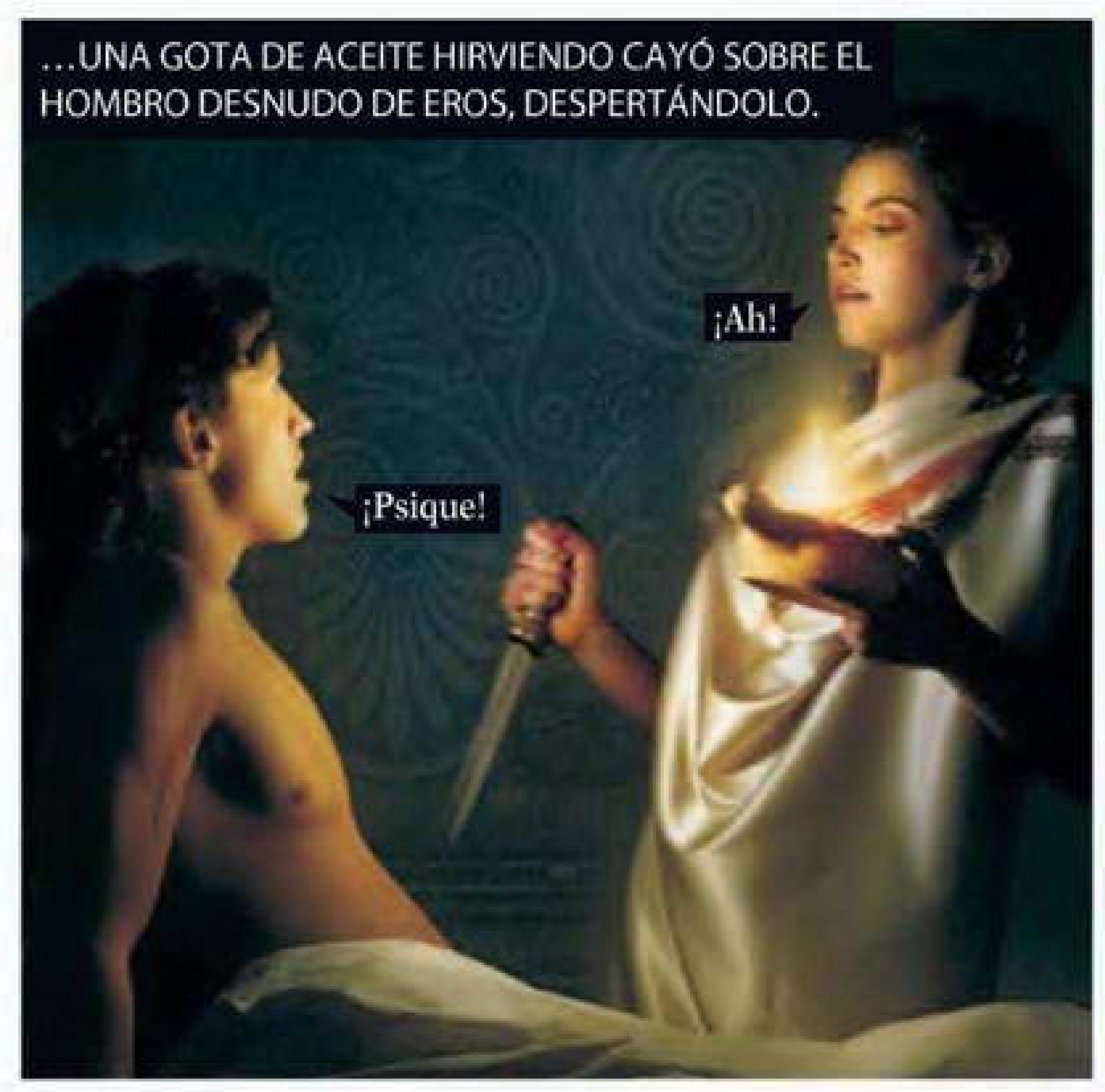

Te he dado ya pruebas de mi fidelidad y de mi discreción. Y ahora más que nunca podrás apreciar la firmeza de mi ánimo. Te pido solamente que me permitas ver nuevamente a mis hermanas.
De acuerdo, pero desconfía de ellas.


¡Se dice que tu amante es una serpiente monstruosa, que se enrolla en cien anillos!
¡Se dice que tiene un cuello que rezuma veneno mortal y una enorme garganta desencajada!


Tengo miedo de que vuestras palabras expresen la verdad. Yo... debo confesaros que jamás he visto a mi marido cara a cara. Trata de asustarme de todas las maneras posibles para disuadirme de mirarlo... y si pretendo ver su rostro me predice grandes desgracias.


Escucha atentamente. Debes esconder un cuchillo bien afilado y un candil lleno de aceite en el lado de la cama en el que sueles dormir.
Cuando él esté dormido, enciende el candil, empuña bien el cuchillo... ¡y mátale!


LA NOCHE SIGUIENTE PSIQUE SE PREPARÓ PARA LLEVAR A CABO EL PLAN, PERO APENAS LA LUZ DE LA LÁMPARA ILUMINÓ EL ROSTRO DEL ESPOSO SECRETO…
(Es bellísimo…)


…UNA GOTA DE ACEITE HIRVIENDO CAYÓ SOBRE EL HOMBRO DESNUDO DE EROS, DESPERTÁNDOLO.
¡Ah!
¡Psique!


Yo por ti, ingenua Psique, he desobedecido las órdenes de mi madre Afrodita. ¡Y tú, en cambio, has traicionado nuestro pacto!


EROS DESAPARECIÓ Y PSIQUE LO BUSCÓ DURANTE MESES ATORMENTADA POR AFRODITA, QUE LE IMPUSO PRUEBAS DIFICILÍSIMAS. ENTRE ELLAS, LE ORDENÓ DESCENDER AL REINO DE LOS MUERTOS PARA RECOGER UN FRASQUITO DE PERSÉFONE, ESPOSA DEL REY DE LOS INFIERNOS. PSIQUE DEBÍA LLEVÁRSELO A SU SUEGRA PERO, VENCIDA POR LA CURIOSIDAD, LO ABRIÓ Y CAYÓ EN UN SUEÑO INFERNAL.


MIENTRAS TANTO, EROS, ENTERNECIDO POR EL CARIÑO DE PSIQUE, ACUDIÓ A ELLA DE NUEVO…
Otra vez has caído víctima de tu curiosidad. Ahora, dedícate a cumplir el encargo que te ha hecho mi madre, yo me ocuparé del resto.
APIADADO POR LAS SÚPLICAS DE EROS, ZEUS MANDÓ QUE LA MUCHACHA FUERA TRANSPORTADA AL CIELO.


EN EL BANQUETE DE BODAS PARTICIPARON TODOS LOS DIOSES, INCLUSO AFRODITA, YA APACIGUADA. ZEUS OFRECIÓ A PSIQUE UNA COPA DE AMBROSÍA, QUE LA HIZO INMORTAL Y LA UNIÓ EN MATRIMONIO A EROS PARA TODA LA ETERNIDAD. DE SU AMOR NACIÓ UNA HIJA: LA VOLUPTUOSIDAD.
FIN

MUJERES, EXTRANJEROS Y ESCLAVOS

Inferiores pero esenciales

Frente a una minoría de ciudadanos con derechos, una emergente legión de marginados sustentaba en la práctica la estructura social y económica de la ciudad. Por **José María Monlau**



ALBUM

Unas tanto... *Mientras la mayoría de las mujeres –a la izquierda, terracota del s. IV a.C.– vivían recluidas en el hogar, deidades como Niké –en un ánfora, abajo– reinaban en el Olimpo.*

ACI

Tenemos cortesanas para el placer, concubinas para que nos cuiden y esposas para que nos den hijos legítimos", afirmaba sin rubor alguno el genial orador Demóstenes y aún añadía cínicamente: "Para estar bien, un hombre ha de tener una concubina con la que pasar el día y alguna cortesana con la que mantenerse en forma..." Las palabras de uno de los padres de la democracia ateniense hablan de forma muy expresiva del papel que en aquella sociedad correspondía a la mujer.

Incluso en las etapas de mayor esplendor y poderío de la civilización griega, la mitad femenina de la población de la Hélade mantenía una existencia sojuzgada y absolutamente inferior a la de los hombres, únicos sujetos activos de derecho. Sin embargo, en sus inicios, la cultura minoica de la isla de Creta había conocido formas de organización en las que la mujer disponía de un considerable grado de libertad, era capaz de frecuentar ambientes situados más allá de los estrechos límites de la vivienda familiar, mostraba amplitud de miras en materia de comportamiento sexual e, incluso, en algunos aspectos jurídicos podía equipararse al hombre. Eran a aquellos lejanos y ya perdidos tiempos a los que el viejo bardo Homero se refería cuando hablaba de "un pueblo alegre y feliz". El traslado masivo al continente y la organización de las ciudades significó un definitivo retroceso en este sentido. El fortalecimiento de la institución familiar como célula fundamental de la sociedad aseguró la posición preeminente del hombre, decidió consecuentemente, durante siglos, la reclusión de la mujer en el hogar y la apartó radicalmente de la vida pública.

Al mismo tiempo, las deidades femeninas ocupaban algunos de los más destacados puestos en el Parnaso griego y a ellas iba dirigida una elevada proporción de las invocaciones; les estaban dedicados multitud de santuarios y centros de peregrinación, y recibían el homenaje de complejos y entregados ceremoniales litúrgicos. Afrodita, Artemisa, Leto, Deméter, Palas Atenea... podían proteger desde los más elevados niveles a los mortales, pero su privilegiada posición no aportaba beneficio alguno a sus hermanas de género.

Más libertad, dinero y cultura, el privilegio de ser hetaira

Tratadas como objetos, las mujeres pasaban de ser materia de libre disposición de sus padres o hermanos a serlo de sus maridos en cuanto se decidía su matrimonio. Éste era un acuerdo de base estrictamente económica en el que su voluntad no contaba en absoluto y que pasaba a decidir su vida en edad muy temprana, en ocasiones sin superar apenas los quince años. La esposa griega reproducía así los modos de existencia mantenidos por su madre recluida en el gineceo –parte de la casa reservada a las mujeres–, el patio y la cocina. La mujer de nivel económico elevado, titular en muchos casos de derechos de propiedad sobre haciendas y esclavos, tenía plena conciencia


GIANNI DAGLI ORTI

de la realidad velada de su poder, que sin embargo la legislación vigente le impedía ejecutar de forma real. Atada por un matrimonio de conveniencia y carente en general del soporte de la pasión, coexistía con naturalidad con las "otras presencias" de la vida de su marido. Era el mundo donde reinaban las célebres hetairas –compañeras de los hombres–, como Niké, Aspasia, Leontion, Clepsidra, las únicas féminas que disponían de libertad, dinero y cultura, las únicas que podían participar en el mundo masculino de banquetes y reuniones culturales, y que por su propia singularidad quedarían inscritas en la Historia.

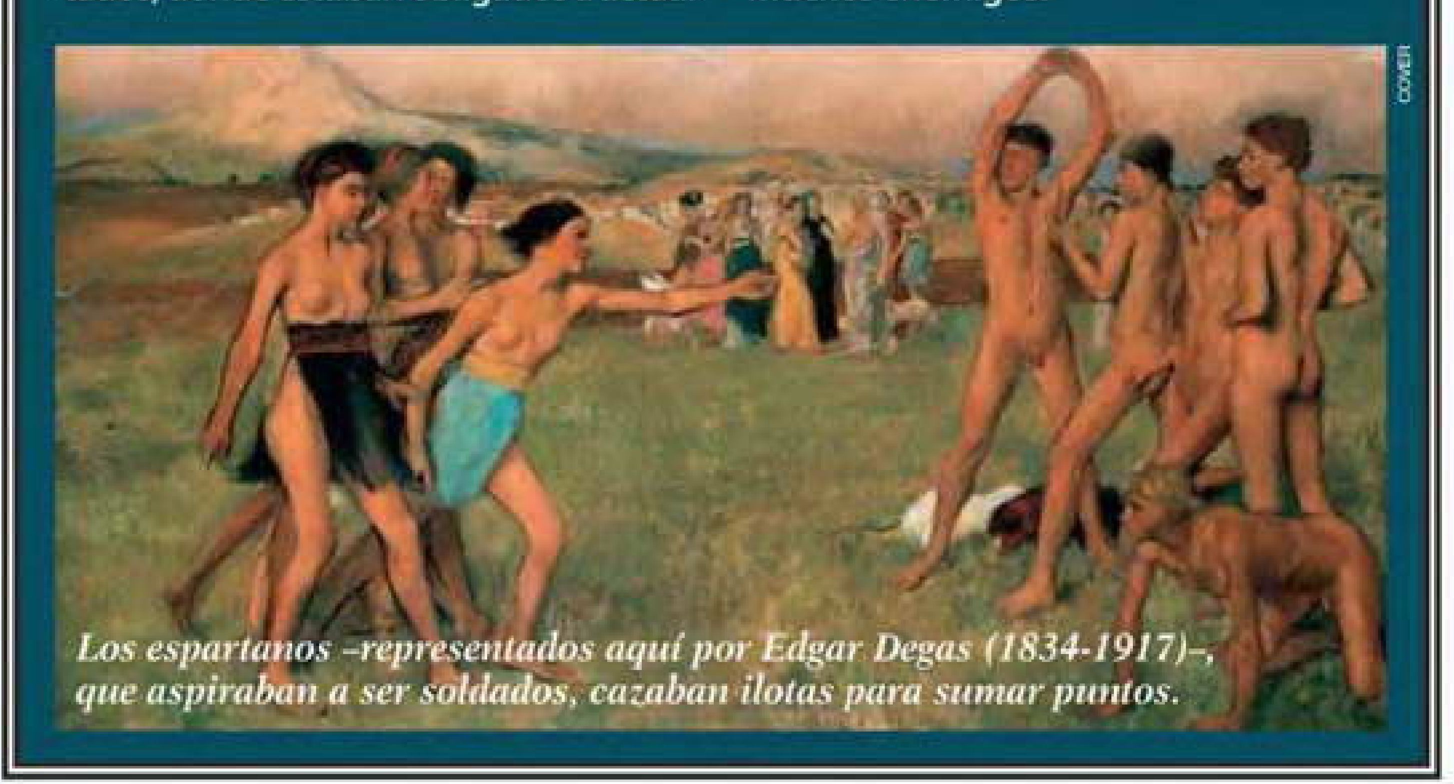
Ociosas adineradas o alegres tertulianas del pozo público

La concubina, la amante eventual o, en su caso, el muchacho que aportaba su frescura al hombre maduro a cambio de su experiencia y enseñanzas eran los verdaderos incentivos habituales para el dominante varón. Aprovisionar y mantener la casa, preparar la comida y tejer las ropas de uso diario solían ser las ocupaciones de la inmensa mayoría de las mujeres griegas, independientemente del sector social al que perteneciesen. La cónyuge del ciudadano podía tener esclavas a su servicio, cuyo número dependía de las posibilidades económicas de la familia, lo que le permitía entregarse a la vida social. Las menos favorecidas, en cambio, sopor- ▶

Cacería humana

En la militarizada sociedad espartana, todas las actividades estaban rígidamente organizadas y, de forma mucho más estricta, las referidas al ámbito castrense. Dentro del prolongado proceso de formación militar destacaba la *critia* o *krytia*, un examen de resistencia que alcanzaba niveles de extrema exigencia y dureza al que eran sometidos los muchachos durante los meses previos a su acceso a la mayoría de edad. Consistía en una prueba de supervivencia, cuyo nombre derivaba del término *kryptos*, oculto. Los aspirantes a soldados de pleno derecho vivían escondidos durante un tiempo prescrito en lugares deshabitados, donde estaban obligados a actuar de noche para conseguir los medios de su más básica subsistencia.

Refiere Plutarco que este aprendizaje incluía una verdadera caza del *ilota*, antiguo habitante del territorio ocupado por Esparta. Durante la misma y al abrigo de la oscuridad nocturna, los jóvenes espartanos atacaban y mataban a miembros del que era el más desfavorecido sector social. Estos actos eran apreciativamente valorados por sus instructores. Muchos historiadores han rechazado tal hecho y lo han presentado como un infundio –absolutamente injustificado y dirigido a difamar al siempre tan discutido Estado espartano– difundido por sus muchos enemigos.



COVER

Los espartanos –representados aquí por Edgar Degas (1834-1917)–, que aspiraban a ser soldados, cazaban ilotas para sumar puntos.

taban una vida más dura y debían ir ellas mismas al pozo público en busca de agua; disfrutaban como contrapartida de las espontáneas tertulias que alrededor de él se organizaban durante toda la jornada.

Alrededor de los siete años, el niño era apartado de la madre y pasaba a depender en exclusiva del padre, quien decidía las vías por las que encauzar su educación. Por el contrario, las niñas quedaban al lado de la madre hasta el matrimonio y recibían de ella las someras trazas de educación que, a su vez, le habían sido transmitidas. Obligadas a guardar fidelidad a sus esposos, eran duramente penalizadas si cometían adulterio, bajo la vigencia del uxoricidio legal, que realmente nunca se llevaba a la práctica. Las leyes para ellos, en este sentido, eran infinitamente más benévolas.

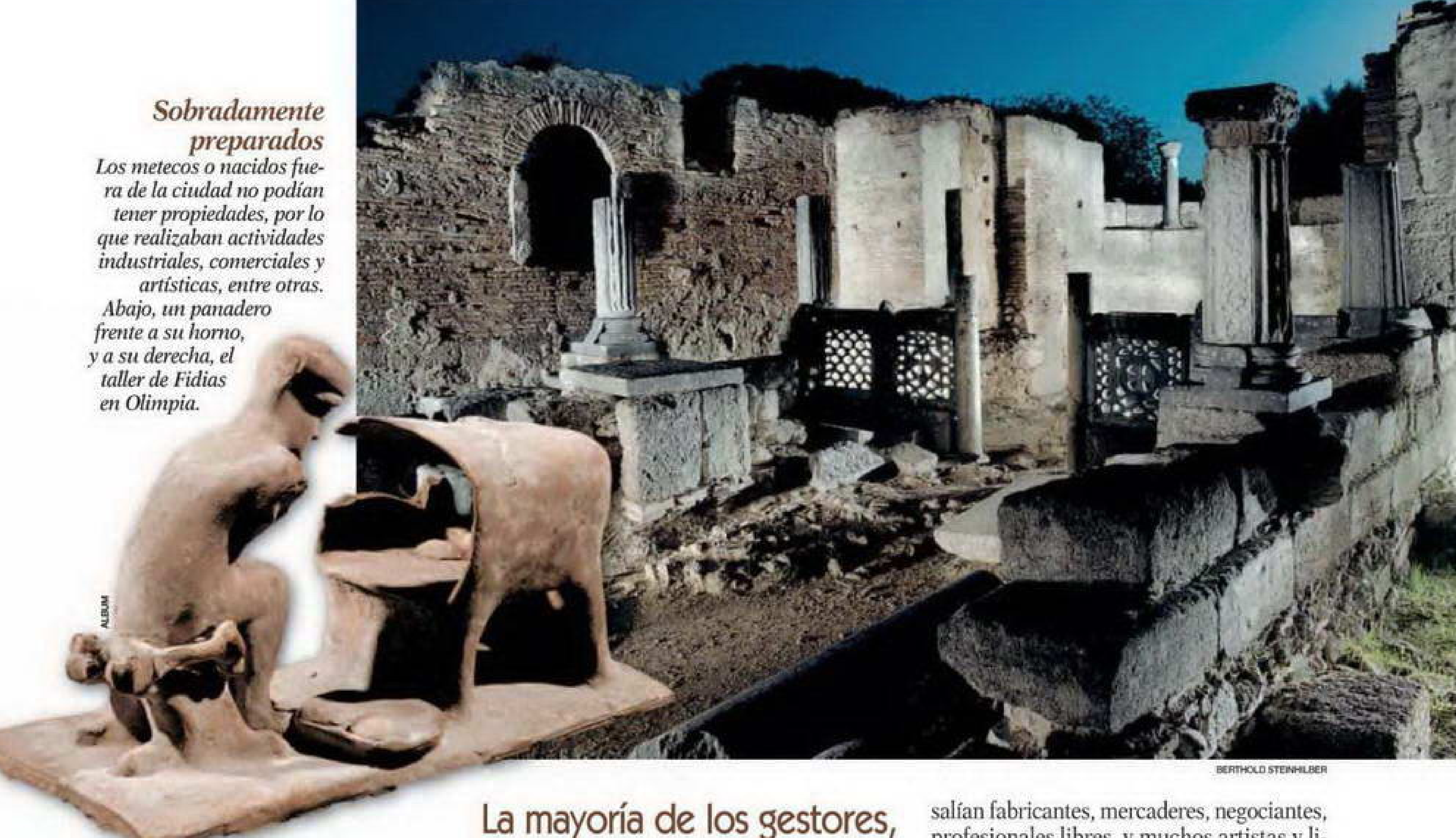
La mujer aportaba a la polis su intuición y destreza adaptativa

El gran Aristóteles no tuvo inconveniente alguno en proclamar como hecho incontestable la inferioridad de la mujer desde el punto de vista biológico y, de forma correspondiente, los hombres disfrutaron de su privilegiada posición en una cultura especialmente diseñada para ellos. A las féminas les estaba vedada la presencia incluso en los Juegos Olímpicos; no por evitar a éstas la masiva visión del desnudo masculino, sino por simple y enraizado menosprecio, y por apartarlas de los desórdenes que durante los mismos se generaban. Ellos, mientras tanto, se organizaban en gratificantes actividades exclusivas, círculos educativos, asociaciones de toda especie, gimnasios, clanes políticos,

SCHUSTER

Propiedad particular

Escena de la venta de una esclava. La esclavitud ya existía en Grecia en la época de Homero, como lo confirman los versos de La Iliada en los que se narra la célebre cólera del guerrero Aquiles contra Agamenón, cuando éste decide arrebatarle su botín de guerra, la sierva Briseida.



Sobradamente preparados

Los metecos o nacidos fuera de la ciudad no podían tener propiedades, por lo que realizaban actividades industriales, comerciales y artísticas, entre otras. Abajo, un panadero frente a su horno, y a su derecha, el taller de Fidias en Olimpia.

ALBUM

BERTHOLD STEINHILBER

La mayoría de los gestores, médicos, ingenieros, filósofos y artistas pertenecían al sector de los no ciudadanos

reuniones literarias y filosóficas, banquetes y encuentros lúdicos a todos los niveles, cuya enjundia únicamente dependía de la posición social y la capacidad económica de los interesados.

Verdaderos accesorios dependientes de la voluntad de los hombres, resulta innegable que las mujeres griegas tuvieron un marcado protagonismo de puertas adentro y actuaron en muchos casos como bien reconocidas consejeras de algunos de aquellos grandes protagonistas de la escena pública. En un sistema definido por aspectos específicamente masculinos, como la fuerza, el valor, la reflexión y el cálculo, la mitad femenina de la sociedad hacía su aportación de intuición, sentido del cambio constante, adecuación a las circunstancias... Su velada presencia se hacía viva y significante en las obras literarias, en las que los autores otorgaron a los personajes femeninos un llamativo protagonismo. Social, política y culturalmente, la mujer de la brillante Grecia clásica carecía de espacio y significación propios, y su actividad, siempre recluida y apenas visible, se vio forzada a adecuarse a las implacables y nunca cuestionadas imposiciones de un mundo organizado en exclusiva por los ideales de sus privilegiados compañeros masculinos.

En Atenas, era considerado meteco, literalmente "coinquilino", el habitante de la polis no nacido allí, pero en ella domiciliado. Su número real nunca ha podido ser establecido con exactitud, ya que si algunos autores lo hacen igualarse e, incluso, superar al de los ciudadanos, para otros nunca alcanzó a sumar una población semejante a la mitad de éstos. Sujetos a todas las obligaciones impositivas, pero carentes de todo derecho legal, su significación y peso social eran de fundamental importancia, ya que componían una activa clase media, situada entre la elite gobernante y materialmente improductiva, y la gran masa esclava y desposeída. Originariamente, el meteco era un elemento extranjero afincado en el interior de la polis, cuya consideración legal le venía dada por la solicitud de una concesión oficial para la que debía contar con el patrocinio de un ciudadano. Las leyes favorecieron el incremento del número de metecos, pues pronto se convirtieron en elementos imprescindibles para el funcionamiento de los mecanismos económicos de la polis.

Dado que legalmente no estaban capacitados para ser propietarios de bienes raíces, su trabajo se dirigía hacia actividades industriales y comerciales. Con unas condiciones de vida en absoluto difíciles, de entre ellos salían fabricantes, mercaderes, negociantes, profesionales libres, y muchos artistas y literatos.

Convertidos en poderosa burguesía, era su importancia económica la que les ofrecía una mayor protección; aunque legalmente sufrían señaladas limitaciones y obligaciones, como el fuerte impuesto añadido al que debían pagar al igual que los ciudadanos. Aquellos médicos, abogados, administradores y capataces que mantenían estrechas redes de intereses con los centros fundamentales del exterior eran, de hecho, el motor de la ciudad griega y se sentían, pese a su subordinada situación, plenamente atenienses. Fue este sentimiento uno de los factores que otorgó más cohesión al conjunto de la polis.

Libertos, periecos e ilotas, motores de la economía y de la cohesión social

Junto a ellos, aparecía otra clase social sumida asimismo en una situación de inferioridad legal, la de los libertos. Como a los metecos, la legislación trataba a éstos con displicente altanería, aunque en la práctica se reconocía su importancia dentro del conjunto de la sociedad. Los libertos eran los hijos de los esclavos liberados, bien por manumisión de sus dueños, por la compra en efectivo de su libertad o por haber actuado como soldados al servicio del Estado, que premiaba así su personal apoyo. Fundamentales generadores de riqueza, al igual que los metecos, y pese a su inferioridad legal, expresada en estrictas limitaciones y gravada con el pago de fuertes impuestos



En la comedia Lisístrata, de Aristófanes, las mujeres deciden no copular con sus maridos hasta que éstos no paren la guerra.

ACI

Protagonistas en la sombra

Como en toda sociedad tradicional, la mujer de la Grecia clásica, desprovista de derechos legales, tuvo sin embargo el poder efectivo bajo mano desde el principio de los tiempos y su presencia es, no sólo permanente, sino especialmente notable en la literatura. El conjunto de creaciones de ficción de la época supone, junto a los tratados de Historia, la mejor fuente de conocimiento de su sociedad. Los principales dramaturgos alzaron a las mujeres griegas al plano de indiscutibles protagonistas en las grandes obras escénicas, en las que pusieron al desnudo las más extremas virtudes y pasiones. Medea, Clitemnestra, Elena, Penélope, Lisístrata, Electra, Ifigenia, Hécuba, Fedra o Antígona, entre otros inolvidables personajes femeninos, constituyen hasta hoy la más expresiva y rica muestra del genio de la Hélade. Sus potentes individualidades demuestran el verdadero poder que ejercía la parte femenina de la población, por encima de todas las limitaciones de la ley. Esta realidad se imponía en aquella sociedad, cuna de la cultura occidental y fundamentadora de la democracia, pero de raíz absolutamente desigualitaria.

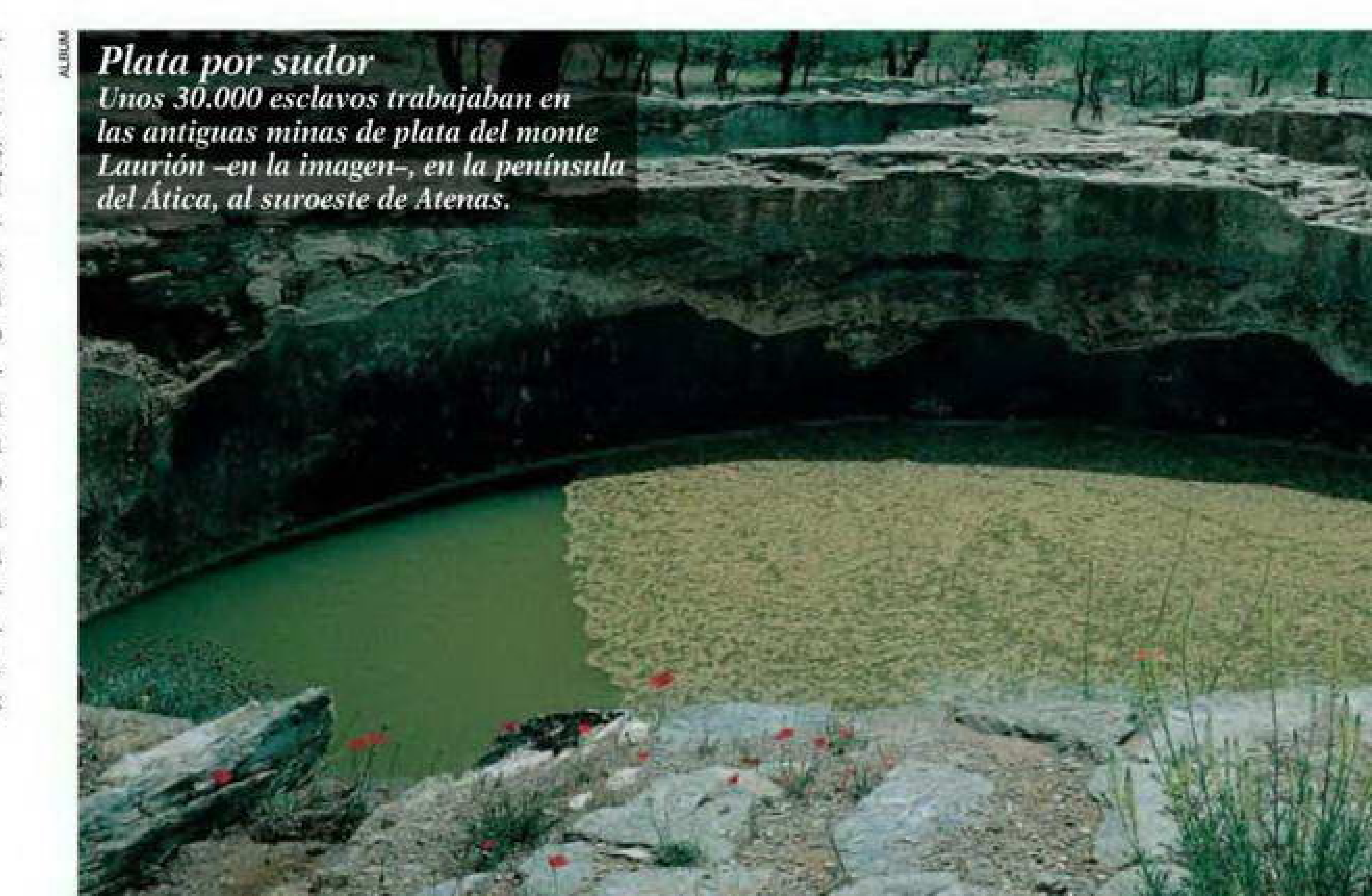
añadidos, de entre sus filas salieron, además de administradores y gestores, grandes patronos de la economía, médicos, ingenieros y destacadas figuras de la filosofía, la literatura y el arte.

En Esparta, sería la clase de los periecos, "los que viven alrededor", la que cumplía este papel. Sus verdaderos orígenes no están totalmente claros, para algunos eran los extranjeros admitidos a residir allí y para otros, los descendientes de los primitivos habitantes de las tierras sobre las que se había erigido el Estado militar. Fuese como fuese, cumplían las tareas que los ciudadanos, empleados exclusivamente en las actividades castrenses, no desempeñaban. Habitaban las zonas materialmente menos favorecidas, se les privaba de derechos y eran obligados a realizar diversas prestaciones, entre ellas un largo servicio militar.

Tenían por debajo otra clase social inferior, que les separaba de la gran masa esclava, los hilotas o ilotas, considerados asimismo descendientes de los arcaicos habitantes de las tierras de Laconia, establecidos allí desde los lejanos tiempos micénicos. Serían, así, sectores residuales sobrevivientes de las luchas por el territorio, que habrían culminado con la imposición del Estado espartano. Legalmente se consideraba a éstos propiedad pública y, como tal, estaban obligados a la prestación de servicios. En situación normal, su trabajo era arrendado a los propietarios rurales a cambio de un canon establecido pero, ante la emergencia de una situación bélica, debían tomar las armas. La realización de este servicio era motivo suficiente para concederles la libertad. Aunque soportaban precarias condiciones legales, su existencia no presentaba rasgos extremos de dureza. Cultivaban los campos a su voluntad y se organizaban de forma autónoma, pero sus elevados índices de natalidad fueron vistos siempre, ante el reducido sector de los ciudadanos, como una latente amenaza, que se plasmó en repetidas y peligrosas rebeliones. Con todo, su profundo sentido de pertenencia a la polis espartana contribuyó a otorgar a ésta cohesión y continuidad.

Más de las tres cuartas partes de la población de Atenas eran esclavos

Era principio generalmente aceptado el acuñado por el popular dicho: "Zeus le quita la mitad del valor a un hombre cuando lo convierte en esclavo". Y así escribía Aristóteles: "En la especie humana hay individuos tan inferiores a los demás como el cuerpo lo es respecto al alma o el animal respecto al hombre; son los hombres de los que no se puede obtener nada mejor que el desarrollo de la fuerza corporal. Estos individuos están destinados por la propia naturaleza a la esclavitud, porque para ellos no hay nada mejor que obedecer". Una definición podría decirse que apreciativa, ya que otorga a los esclavos la categoría de individuos, mientras que la legislación consideraba a éstos como meros objetos, susceptibles de ser comprados y vendidos. Los cálculos realizados coinciden en que los esclavos constituían entre las tres cuartas partes y los dos tercios del total de la población de Atenas. Resulta chocante que en la misma cuna de la democracia se prive de derechos a una elevada proporción de los habitantes y, co-



ALBUM

Plata por sudor

Unos 30.000 esclavos trabajaban en las antiguas minas de plata del monte Laurión –en la imagen–, en la península del Ática, al suroeste de Atenas.

"En la especie humana hay individuos tan inferiores a los demás que sólo se puede sacar de ellos su fuerza corporal" (Aristóteles)



Días de banquete
La clase privilegiada se liberaba del trabajo doméstico al delegarlo en los siervos, a los que podía comprar, vender o alquilar.

rrespondientemente, se libere del trabajo material a una reducida clase privilegiada de ciudadanos que podía, así, dedicarse a tareas de otro género.

Originalmente, la mayor parte de los esclavos derivaba de la aplicación de condenas por el impago de deudas, pero a finales del siglo IV las reformas de Solón contribuyeron a descargar las fuertes tensiones sociales acumuladas. A partir de ese momento, la masa de población esclava se incrementó incesantemente al nutrirse de prisioneros obtenidos en las constantes guerras abiertas y del comercio de personas que comenzaba a florecer en el Mediterráneo. En un principio, la mayor parte de la población esclava, tanto los que eran propiedad del Estado como de los particulares, vivía en el campo, dedicada a tareas agrícolas, pero su rápido incremento los convirtió en verdaderos sustentadores del sistema económico.

En comparación con el panorama de otras culturas de la Antigüedad, la existencia del esclavo en Grecia no presentaba rasgos absolutamente negativos. Como valiosos bienes productivos, estaban protegidos por las leyes, que les defendían incluso ante los posibles desmanes de sus dueños. Además, en algunos casos podían llegar a tener propiedades, estaba prohibido darles muerte e, incluso, era controlado el rigor de los castigos. Pero, mientras los ciudadanos se dedicaban a la tarea de las armas, y a las actividades derivadas de la política y las creaciones intelectuales, eran los esclavos quienes trabajaban las minas de plata de Laurión, constituían la fuerza laboral en los talleres, realizaban tareas como mozos de carga, cultivaban los campos y aseguraban el cumplimiento de las labores domésticas.

Al participar en una guerra, el esclavo alcanzaba la condición de liberto

El grado de riqueza de una familia podía calcularse por el número de esclavos que poseía. Convertidos de esta forma en aseguradores de la permanencia del sistema, fortalecieron su posición y consiguieron en muchos casos convertirse en hábiles y fiables administradores de los bienes de sus amos. Por su parte, los que eran de propiedad estatal desempeñaban tareas como vigilantes públicos y policías. El mercado de esclavos que funcionaba en la isla de Delos llegó a ser el de mayor actividad de los entonces existentes, con unos planteamientos que se humanizaron hasta alcanzar formas jamás conocidas. A los esclavos les estaba prohibida, entre otras cosas, la práctica de la gimnasia y de las relaciones pederásticas, reservadas a los privilegiados ciudadanos; aunque su refugio en un templo o lugar sagrado les preservaba de la reacción de un amo airado. Soportaban las limitaciones inherentes a su condición, pero tenían plena conciencia de que gracias a los trabajos que realizaban, las estructuras sociales podían funcionar. Así, fueron estableciendo en su ámbito laboral cada vez mayor identificación con los ciudadanos empobrecidos y con los que se ganaban la vida con la fuerza de su trabajo. Los esclavos del Estado podían ser manumitidos y ascender a la condición legal de libertos, a través de su participación como soldados en las guerras exteriores.

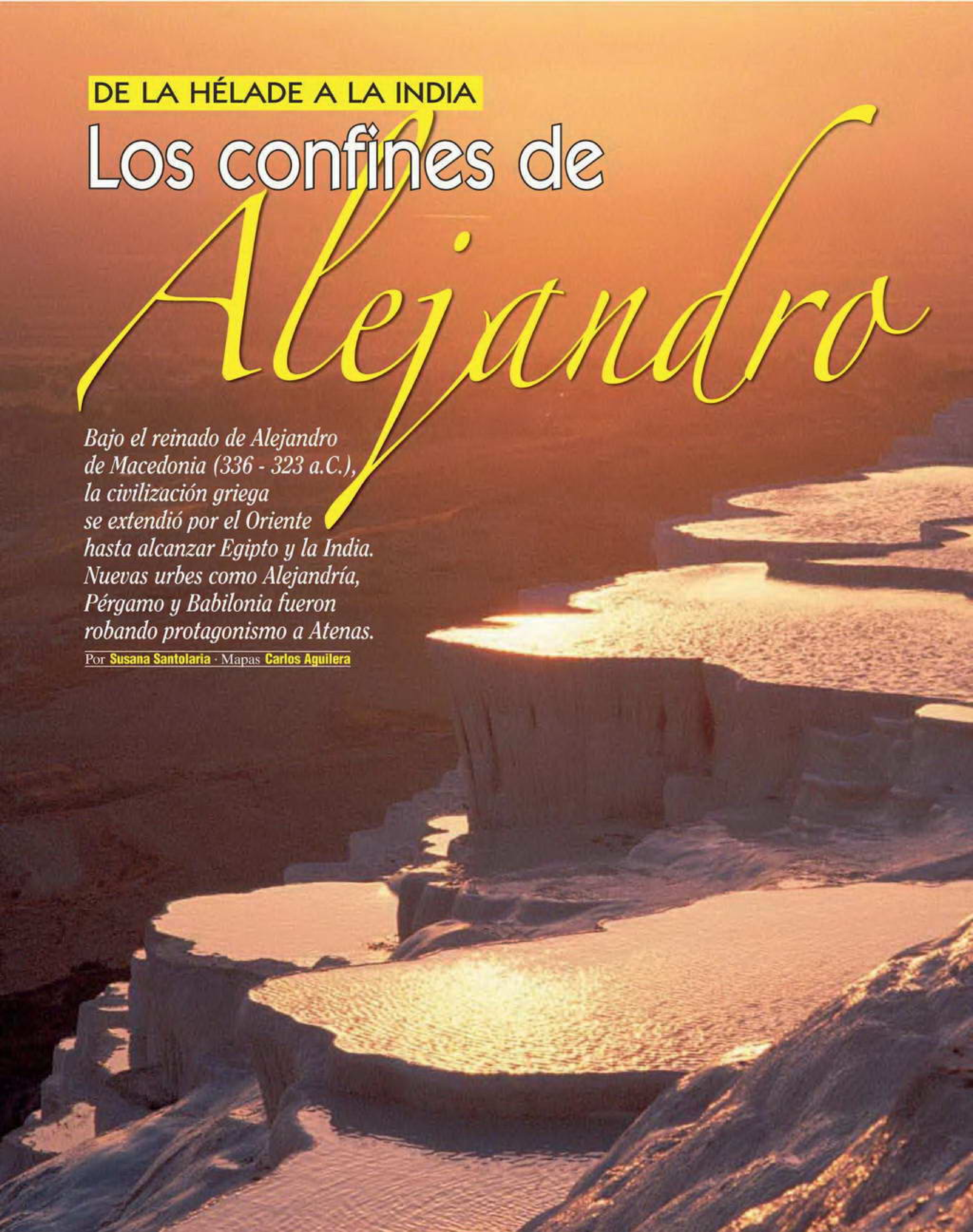
Paralelo al declive de las polis, una creciente masa de esclavos se concentró en manos de un cada vez más reducido número de propietarios, aunque nunca se llegaría a alcanzar la situación de los grandes latifundios, que en el intrincado suelo griego nunca existieron. Hasta el final, esta amplia población laboral permitiría a la elite selecta entregarse a las tareas que sentarían las bases de la cultura occidental. Y ello, como espectacular paradoja, en unas sociedades en las que el progresivo perfeccionamiento de la legislación esclavista constituía para muchos la mejor garantía de la preservación y mejora de los principios de la democracia.

Mujeres, extranjeros y esclavos, legalmente inferiores, eran de hecho fundamentales y aun imprescindibles, el verdadero motor material de aquella Grecia de la que nació el mundo de hoy. ■





Libertad efímera
Morosos y prisioneros podían acabar como esclavos –al lado, figurillas que los representan–.



DE LA HÉLADE A LA INDIA

Los confines de Alejandro

Bajo el reinado de Alejandro de Macedonia (336 - 323 a.C.), la civilización griega se extendió por el Oriente hasta alcanzar Egipto y la India. Nuevas urbes como Alejandría, Pérgamo y Babilonia fueron robando protagonismo a Atenas.

Por **Susana Santolaria** · Mapas **Carlos Aguilera**

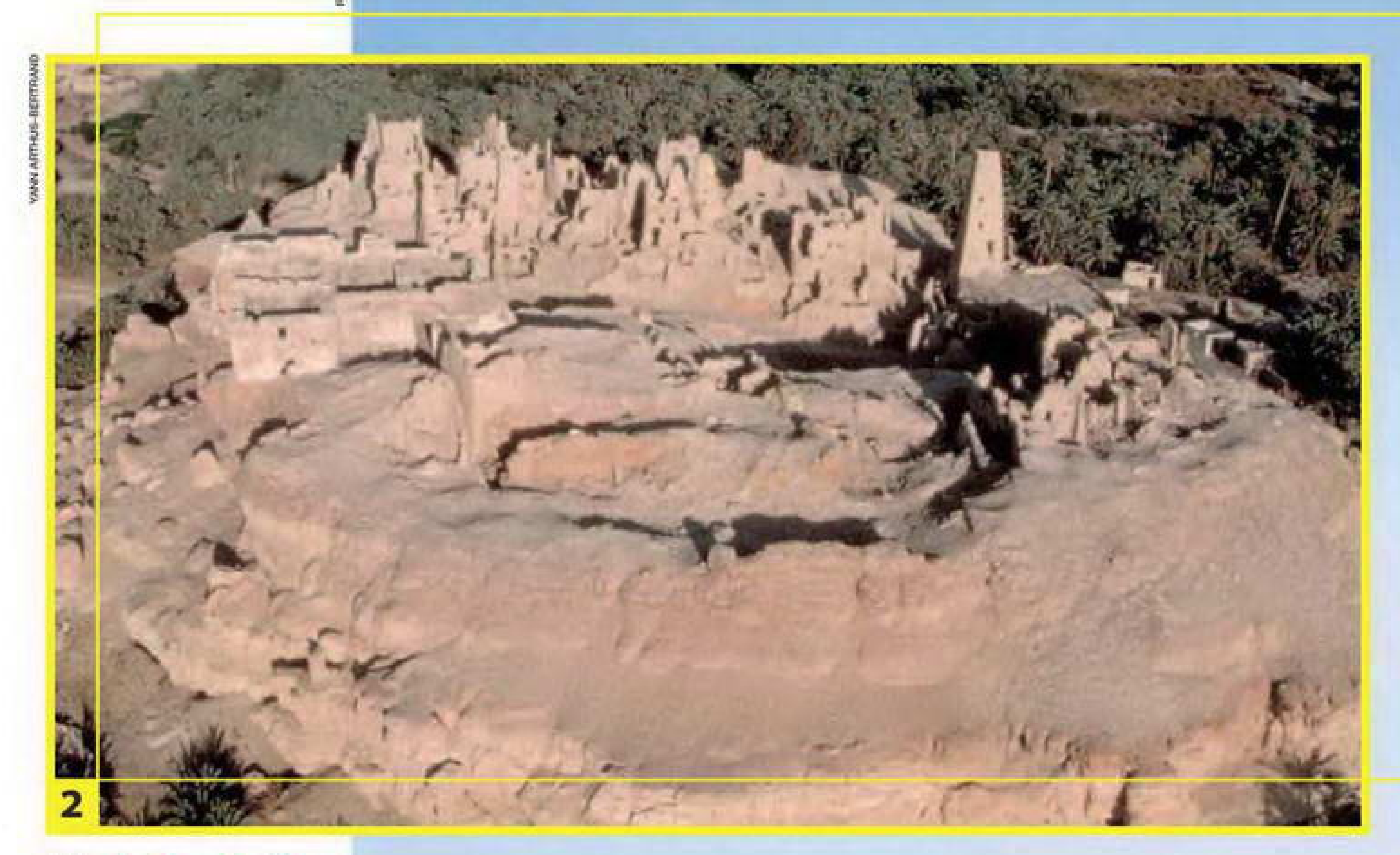


A Oriente, de un salto

Las guerras con los persas habían generado una fuerte conciencia nacional panhelénica en las ciudades-Estado griegas. Sin embargo, las luchas internas entre las *polis* –Atenas, Esparta, Tebas...– permitieron que Macedonia, una nueva potencia que los griegos consideraban bárbara, pero con la que se habían aliado para detener el avance del enemigo persa, se hiciera con la hegemonía política y militar de la Hélade. El joven monarca macedonio Alejandro había heredado de su padre Filipo II la idea de unificar el mundo griego y hacer retroceder a los persas. Y así, tras cruzar el Helesponto –estrecho de los Dardanelos–, que separaba Europa de Asia, se hizo con el dominio de Asia Menor. En la foto grande, las espectaculares cascadas de Pamukkale, en Anatolia (Turquía). La batalla que libró contra el rey persa Darío III en Issos (333 a.C.), al noroeste de Siria, representada en un mosaico hallado en Pompeya (arriba), le aseguró este triunfo. Pero no se detendría allí. ▶

RICHARD T. NOWITZ

YANN ARTHUS-BERTRAND



Hijo de Zeus Amón

Cuando Alejandro entró en la tierra de los faraones, tras conquistar la antigua civilización semita de Fenicia –actual Líbano–, fue recibido como un libertador. Corría el año 332 a.C. y Egipto estaba gobernado por los persas. El intrépido macedonio, aunque impregnó el territorio del espíritu griego que llevaba consigo, fue respetuoso con la tradición egipcia. Esta cultura milenaria siempre resultó fascinante a los helenos y al propio conquistador, quien no dudó en fundar la primera ciudad de las muchas que llevaron su nombre, Alejandría. La urbe, emplazada en el delta del Nilo, se convertiría en un importante foco de difusión del conocimiento griego. (1) La moderna Biblioteca de Alejandría, en Egipto, fue construida en honor a la desaparecida de igual nombre que acogió a los mayores sabios de la Antigüedad. Una estratégica visita al oráculo de Amón, en el oasis de Siwa –(2) ruinas de la antigua ciudad de Siwa, en Egipto–, sirvió para confirmar que, tal y como aseguraba su madre Olimpia, Alejandro era hijo de un dios. Ya podía ser considerado un verdadero faraón.

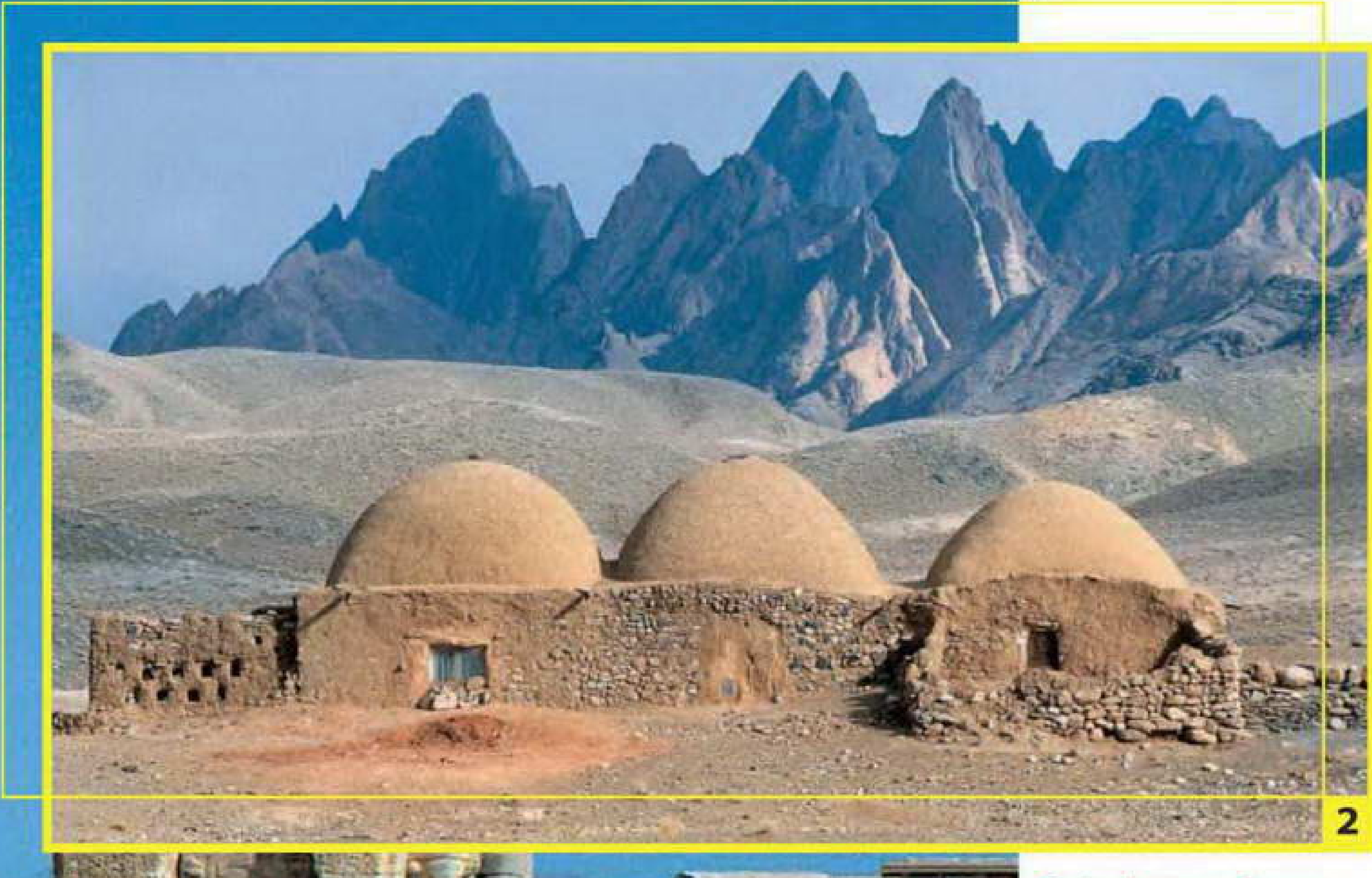


La ciudad egipcia de Alejandría se convirtió en el símbolo por excelencia del mundo helenístico y sucedió a Atenas como centro del conocimiento científico


Pese a la enemistad entre persas y griegos, ambos utilizaron una fuente estética común

JOSÉ FUSTE RAGA

HARSCHER/LAIF



Ruta de oro y fuego

Una majestuosa escalera custodiada por generales persas en relieve pétreo conduce a la apadana o sala de audiencias de la ciudadela de Persépolis (1), al noroeste de Shiraz, en Irán. Sus muros guardaban en tiempos de Alejandro un tesoro tan codiciado para las hordas helénicas como el de Babilonia, Ectabana o Susa. Pero mientras el ejército de Alejandro había respetado los cimientos de estas tres importantes capitales persas una vez conquistadas, la imponente Persépolis no vivió la misma suerte. En 331 a.C., el palacio real de la capital ceremonial del enemigo sufrió un monumental saqueo, al que siguió un incendio, a manos de las tropas greco-macedonias. Con ello pretendían, probablemente, vengar la destrucción de la Acrópolis de Atenas por el rey persa Jerjes, en 480 a.C. Los arqueólogos que la excavaron en el siglo XX no encontraron ni un solo objeto de oro o plata.

(2) Construcciones rurales de arcilla roja sirven de refugio a los pocos habitantes del inhóspito desierto de Kavir, en Irán.



Civilización y barbarie

Encrucijada de caminos desde tiempos inmemoriales, Afganistán fue la puerta escogida por Alejandro para entrar en la exótica India. La ciudad de Herat, la antigua Artacoana persa, cayó en manos del macedonio en 330 a.C. Allí, se alza la Mezquita Azul o Masjid-i-jami (1), considerada como una de las construcciones islámicas más bellas del mundo. Pero poco queda del esplendor y la gloria que conoció éste estratégico territorio. Paso obligado de las caravanas de la Ruta de la Seda, los conflictos y saqueos sucesivos han ido minando su envidiable patrimonio. En 2001, un decreto del jefe religioso talibán Mohamed Omar ordenó la destrucción de todas las estatuas "antiislámicas" del país. El mandato incluía dos gigantescos budas tallados en las rocas del valle de Bamiyán (2). Las figuras, admiradas incluso por los propios musulmanes durante siglos, quedaron reducidas a escombros. Miles de estatuas greco-budistas y cientos de libros corrieron la misma suerte.


Alejandro fomentó las bodas entre griegos y persas para fusionar la cultura helénica con la asiática **1**


1



Tras la muerte de Alejandro, su imperio se desmembró. Pero el legado que dejó tras de sí dio origen a un nuevo mundo: el helenístico

Por los ríos de Babilonia

En la primavera de 327 a.C., Alejandro el Magno atravesó las montañas del Hindu Kush, cruzó el Indo y fundó nuevas urbes a su paso. El legado helénico está presente en numerosas obras indias en las que los dioses aparecen con poses griegas. El impetuoso guerrero macedonio hubiera querido llegar hasta el océano, que creía el confín de la tierra habitada, pero sus tropas se negaron a seguirle y se vio obligado a volver sobre sus pasos. No pondría un pie más allá de Babilonia. La muerte, cuya causa es aún objeto de controversia, le sobrevino en la capital mesopotámica, en 323 a.C. (1) Ruinas de Babilonia, en Irak. El lugar, que fue restaurado con fondos internacionales antes de la invasión de 2003, ha sufrido un serio deterioro. No muy lejos, en el Kurdistán iraquí, se encuentra la ciudadela de Arbil (2), a unos 100 km de la llanura de Gaugamela, que dio nombre a la célebre batalla cuya victoria permitió a Alejandro hacerse con el Imperio Persa.

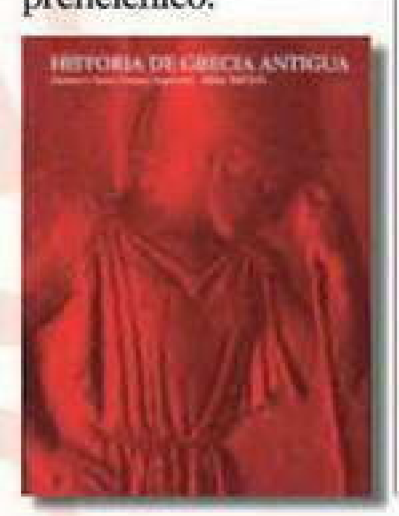
Por **Ignacio Marina Grimau**

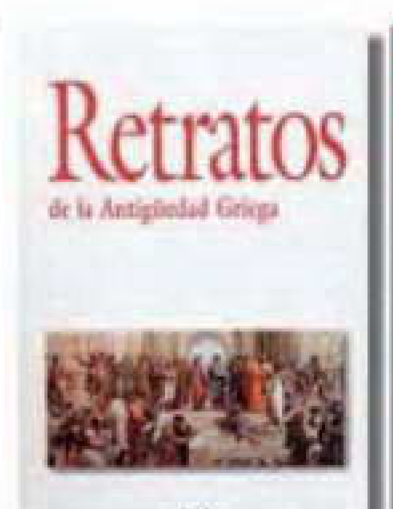
La Biblioteca

Historia de Grecia antigua

Fco. Javier Gómez Espelosín
Akal. Madrid, 2001

La historia de Grecia no queda circunscrita sólo a Atenas. Como señalan estas páginas, junto a la *polis*, existían numerosos Estados tribales. Su historia tampoco se limita a la Atenas clásica, pues tiene sus raíces en el mundo prehelénico.





Retratos de la Antigüedad...

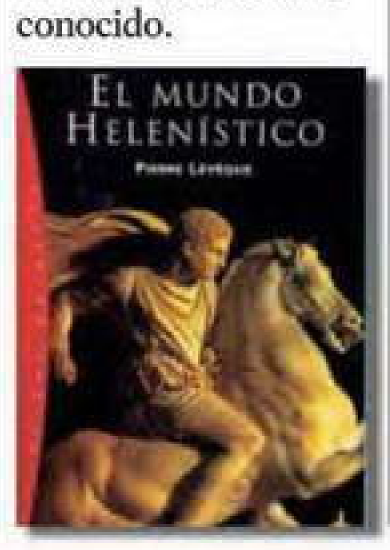
Gerardo Vidal Guzmán
Rialp. Madrid, 2006

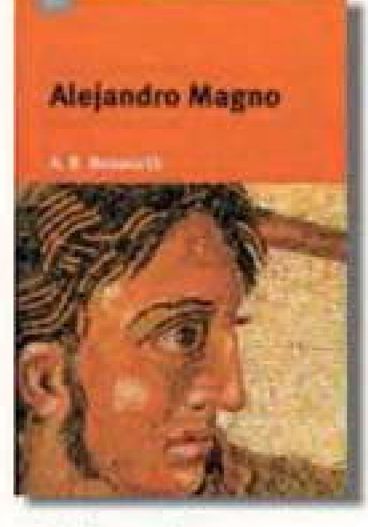
Homero, Esopo, Heráclito, Tucídides, Sócrates, Zenón... He aquí una galería –21 retratos– de los personajes más célebres de la Antigüedad griega. Entre otros apéndices, la obra incluye uno dedicado a los 12 dioses del Olimpo.

El mundo helenístico

Pierre Lévêque
Paidós. Barcelona, 2005

Pierre Lévêque analiza los tres siglos que abarca el período helenístico. Una época caracterizada por la creatividad y deudora de Alejandro Magno, quien extendió la civilización griega hasta los límites del mundo entonces conocido.





Alejandro Magno

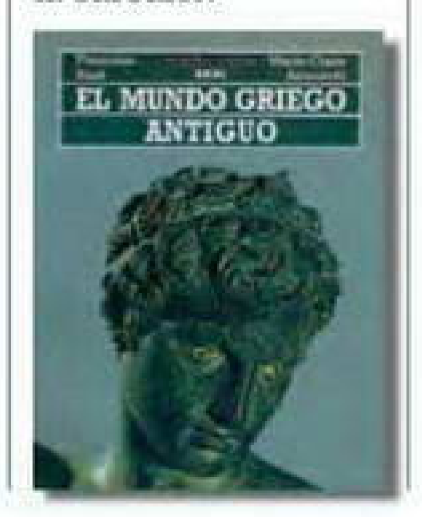
A. B. Bosworth
Akal. Madrid, 2005

Imprescindible para profundizar en la figura de Alejandro Magno, cuya época se extiende desde el año 336 al 323 a. C. "Una obra admirable y excelente", ha dicho sobre este libro *The Times Higher Education Supplement.*

El mundo griego antiguo

F. Ruzé y M. C. Amouretti
Akal. Madrid, 2000

Aquí están los hombres ilustres que dio la Antigüedad griega. Pero, con ser mucho, no sólo eso. También la descripción de una sociedad que destacaba por el refinamiento y el humanismo, pero en la que asimismo existía la barbarie.





La mitologia contada...

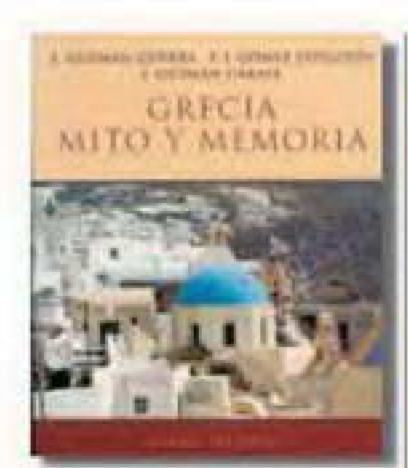
David Hernández de la Fuente. Maeva. Madrid, 2005

La mitología contada con sencillez es una buena forma de acceder al apasionante mundo de los dioses y héroes del mundo antiguo. El prologuista, Carlos García Gual, considera esta obra "unas buenas vistas no sólo al trasfondo antiguo de los mitos, sino también a sus ecos en la tradición artística y literaria europea hasta nuestros días".

Grecia mito y memoria

VV. AA. Alianza Editorial. Madrid, 2005

El objetivo de este libro es "acompañar al lector en un viaje, real o imaginario, por el mito y la memoria del mundo griego". Un viaje que comienza en Delfos y concluye en el cine sobre la

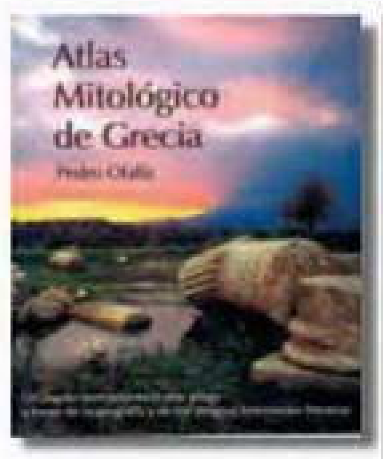


Antigua Grecia. Un periplo tan entretenido como original.

Atlas mitológico de Grecia

Pedro Olalla. Road Editions. Atenas, 2001

Lo mejor de estas páginas, además de la cartografía, es la capacidad a la hora de unir dos mundos: el de la mitología griega y el actual. Es mucho más que una guía turística; un homenaje a los

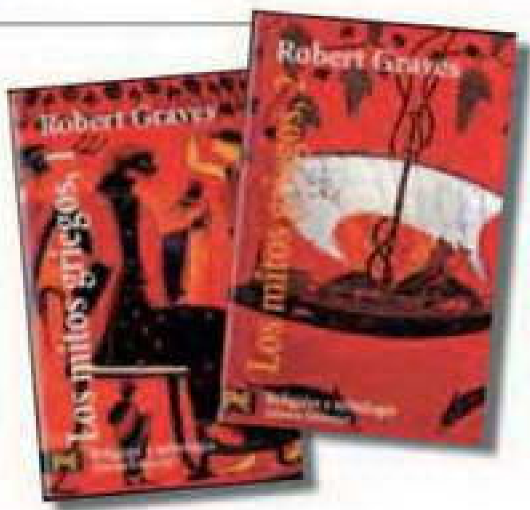


mitos surgidos en una civilización que forma parte de Occidente.

Los mitos griegos

Robert Graves. Alianza Editorial. Madrid, 2006

Todo un clásico, nunca mejor dicho. Aquí se dan cita el mito pelasgo de la creación y los mitos hómerico y órfico. Asistimos al destronamiento de Crono y al nacimiento de Atenea y Afrodita.



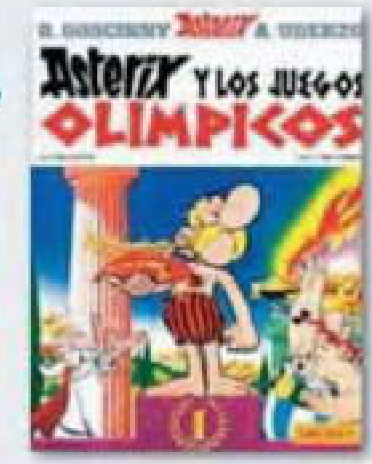
Y tenemos noticia de los hechos de Pan y Dionisos, entre otros.

CÓMIC

Astérix y los juegos olímpicos

Uderzo y Goscinny.
Ediciones del Prado

El irresistible galo, acompañado por su inseparable compañero de fatigas y uno de los gordos más célebres del cómic –Obélix–, se proclama vencedor en los Juegos Olímpicos, gracias en buena



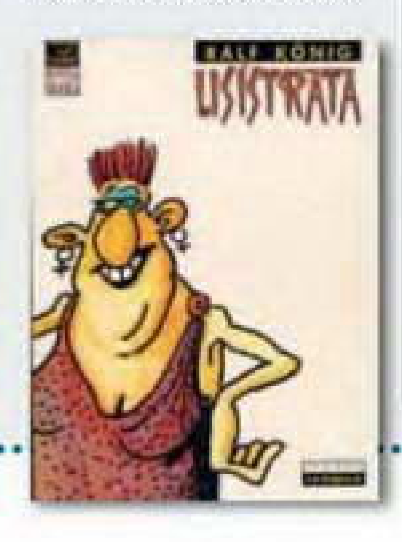
medida a la poción mágica elaborada por el sabio druida Panoramix.

Lisístrata

Ralf König.
Ediciones La Cúpula

Cargado de ironía, König traslada al cómic la comedia griega de Aristófanes, obra en la que las mujeres atenienses y espartanas se niegan a mantener relaciones sexuales con sus maridos mientras éstos no firmen la paz.

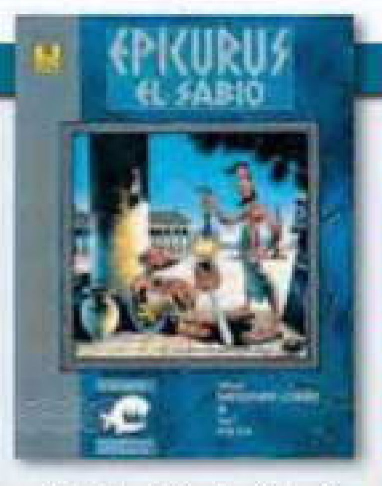
El dibujante aporta a la historia sus propios ingredientes, proponiendo una Lisístrata lesbiana o unos militares homosexuales.



Epikurus el sabio

W. Messner-Loebs y S. Kieth. Ediciones Zinco

¿Puede ser la filosofía griega divertida? Todo depende del interés de quien la estudia y del enfoque pedagógico que se le dé. Por ejemplo, el héroe de este cómic es Epicuro, quien muestra lo mejor de la historia



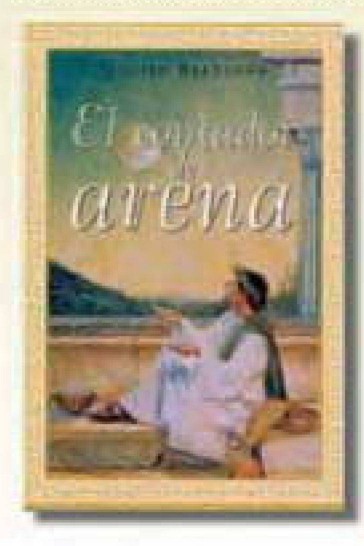
y la filosofía de Grecia. De haber leído estas páginas, quizá Baroja se hubiera reafirmado en su condición de "cerdo de la piara de Epicuro".

NOVELA HISTÓRICA

La carga / Penélope y las doce criadas



En *La carga*, de Jeanette Winterson (Salamandra. Barcelona, 2006), el titán Atlas es castigado por los dioses del Olimpo a sostener el mundo sobre sus hombros. Esto es así hasta que Heracles se ofrezca a sustituirle a cambio de hacer por él uno de sus doce trabajos. En *Penélope y las doce criadas* (Salamadra. Barcelona, 2005), de Margaret Atwood, se intenta responder a la cuestión de por qué se ahorcó a las criadas de los pretendientes de Penélope.



El contador de arena

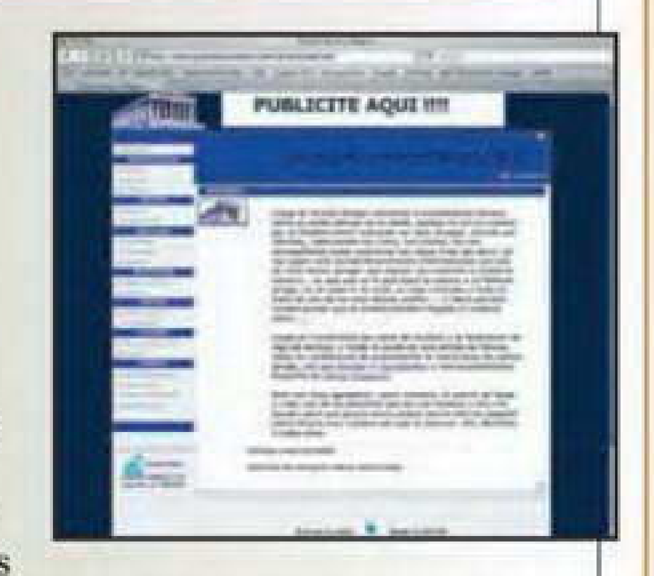
Gillian Bradshaw
Salamandra. Barcelona, 2006

Esta novela tiene como protagonista a un hombre que se adelantó a su época: el griego Arquímedes, pionero del actual método científico. La autora de la novela acerca al lector un Arquímedes de carne y hueso que vivió en Alejandría, pero que se vio obligado a volver a Siracusa para cuidar a su padre enfermo.

INTERNET

Diversidad griega

www.grecianuncamuere.com.ar/principal.htm



Una página heterogénea en la que se dan cita la arqueología, la cocina, la historia, la mitología y la música griegas, además de interesantes datos relacionados con el turismo. Si quiere saborear una *musaká*, una *baklavá*, un *galactobureko* o un *kataífi*, aquí encontrará las recetas. También hay un *link* dedicado al Museo de la Acrópolis de Atenas y otro a cantantes de la talla de Mikis Theodorakis.

Mármoles del Partenón

www.uk.digiserve.com/mentor/marmoles/index.htm



Los frisos, metopas y frontispicios del Partenón son los protagonistas de esta página, que define la historia de estos mármoles como "triste", ya que se encuentran en el Museo Británico. En el *link* 'Galería de imágenes' aparecen excelentes fotografías de las estatuas. Uno de los apartados reproduce el discurso de Melina Mercouri dirigido a la Oxford Union en 1986 reclamando el retorno de los mármoles a Grecia.

Cartas

Por **Ana Ormaechea**

Esta sección está a su disposición. En ella publicaremos sus comentarios, ideas, críticas, sugerencias, fotos y dibujos. Escríbanos a: ***Cartas Muy Historia. Albasanz, 15 - Edif. A 28037 Madrid;*** *al fax* ***91 575 91 28****; o al correo electrónico* ***mhistoria@gyj.es.***

Un guiño desde el mundo internauta

■ Soy la autora de la web "La mirada india", a la que hacen referencia en el número 6 de MUY HISTORIA. Debo decirles que me quedé muy sorprendida por la calidad de los artículos de su revista. Soy consciente de que no es fácil conseguir información real sobre el tema ya que hay demasiadas publicaciones que han "romantizado" al indio. Yo misma he debido traducir del inglés varios textos para la información de mi web. Sinceramente, les doy las gracias por su trabajo y les felicito por este número.

Rebeca Cortina Torre

Con ganas de ampliar información

■ Sigo su revista desde el primer número y me ha gustado especialmente su última entrega dedicada al Oeste. Sin embargo, me ha sabido a poco y me gustaría que decidieran realizar nuevos artículos sobre la exploración y asentamiento de los blancos en América: vikingos, españoles, franceses... Les agradezco además la labor que realizan al enseñar la historia de una forma tan amena.

José Fernández Recio
Pamplona

El singular lenguaje de los indios

■ No conocía su revista de MUY HISTORIA, pero la he descubierto gracias al número que han dedicado al "Lejano Oeste". Me ha encantado y he disfrutado especialmente con lo que han escrito sobre el lenguaje que utilizaban los indios para comunicarse. Me ha parecido muy interesante.

Nuria Armesto Reina
Barcelona

Unas Cruzadas de sobresaliente

■ Tengo 12 años y estudio 6º de primaria. Me gustaría felicitarles por el primer número que publicaron sobre las Cruzadas. Gracias a la información de la revista saqué un sobresaliente en clase por un trabajo que tuve que hacer sobre ese tema. Desde entonces, he comprado todos los números.

Leire Martínez García
Vitoria

Pérdida de palabras en un reportaje

■ Quisiera darles mi enhorabuena por su último número, el "Lejano Oeste". Sin embargo, debo informarles de que he descubierto un error en la página 59. En la columna de color azul titulada "Los héroes de El Álamo" hay un corte en el texto y falta el final de una frase.

Jesús Francisco Ibáñez
Zaragoza



Respuesta: *En la página 59 del número 6 de MUY HISTORIA, en el recuadro titulado "Héroes de El Álamo" (de la biografía de Davy Crockett), se ha producido un error técnico y la última frase aparece incompleta. El texto íntegro sería: "En la refriega aparecieron todos los defensores, pero sólo un mes más tarde Santa Anna fue apresado y obligado a firmar un armisticio".*

La redacción se reserva el derecho de extractar las cartas o resumirlas.